JAVIER RAMOS DE LOS SANTOS

LOS CRÍMENES QUE CAMBIARON LA HISTORIA DE ESPAÑA

ATENTADOS, CRÍMENES, CONJURAS Y MAGNICIDIOS CONTRA REYES, PRESIDENTES DE GOBIERNO Y OTROS DIRIGENTES PATRIOS



OBERON

LOS CRÍMENES QUE CAMBIARON LA HISTORIA DE ESPAÑA

JAVIER RAMOS DE LOS SANTOS

OBERON

Para Gema, por ser mi principio y mi fin.
Para Iván y Marina, que, con tan solo existir, me enseñasteis a vivir.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

En poco más de cien años, cinco presidentes del Gobierno fueron asesinados. Grandes atentados que cambiaron al menos cinco veces la historia de la España contemporánea: Prim, Canalejas, Cánovas, Dato y Carrero Blanco, todos ellos máximas autoridades de nuestro país, fueron asesinados en circunstancias escandalosamente extrañas. Vistos en perspectiva, fueron auténticos golpes de Estado.

A lo largo de un siglo de magnicidios ha desfilado la historia de nuestro país desde aquel 27 de diciembre de 1870 al 20 de diciembre de 1973, exactamente ciento tres años de vida española. Paralelamente a estos sucesos discurrió otro relato, más solemne, que va desde la liquidación de la Revolución de 1868 (con el breve paréntesis del reinado de Amadeo I o la Primera República) a la restauración de Alfonso XII; el turno pacífico de poder ideado por Cánovas, la regencia de María Cristina, el desastre del 98, el dilatado reinado de Alfonso XIII, con la dictadura de Miguel Primo de Rivera; la República del 14 de abril, con el trágico epílogo de la Guerra Civil; el largo mandato de Franco…

Y es que con cinco jefes de Gobierno asesinados, España es el país occidental donde más magnicidios se han ejecutado (a modo de ejemplo, en Estados Unidos cuatro presidentes han muerto tras ser atacados: Abraham Lincoln en 1865, James A. Garfield en 1881, William McKinley en 1901 y John Fitzgerald Kennedy en 1963).

También ha habido, aunque no llegaron a concluirse, varios intentos de atentar contra otras importantes figuras institucionales, como los reyes Alfonso XII y Alfonso XIII, la reina Isabel II o los políticos Antonio Maura o José Antonio Primo de Rivera. Frustrados conatos contra los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, si nos remontamos más atrás en el tiempo.

Ninguna historia de otro país tiene tantos presidentes asesinados en tan poco tiempo, ni tantos regicidios fracasados, ni tantos atentados a políticos por razones inexplicables. Y esa abundancia de casos pone de manifiesto que nunca fue una casualidad, sino un modo siniestro de cambiar la política. El magnicidio se presenta como la solución ideal para transformar la política a la carta, engañando a la historia con la exaltación de la heroicidad de los asesinos y el olvido de la investigación.

La Real Academia Española (RAE) define el término «magnicidio» como

una «muerte violenta dada a una persona muy importante por su cargo o poder» en la sociedad. Por tanto, el asesinato violento de un miembro de un Gobierno o de la oposición puede ser calificado como un magnicidio. En España, por ejemplo, el magnicidio está considerado un delito especialmente grave, por lo que está penado con prisión permanente revisable, una de las penas más graves que se recoge en el Código Penal. Esta pena de prisión por tiempo indefinido solo se aplica a casos extremadamente graves como el terrorismo, los genocidios o los delitos de lesa humanidad, entre otros.

En el siglo XX europeo, comenzó a producirse la aparición y desarrollo de diferentes formas de violencia que afloraron como una fuerza desconocida para sus coetáneos, y que marcaron el devenir del siglo. Una de esas primeras manifestaciones fue la lucha del movimiento anarquista contra el mundo de privilegios heredado del siglo XIX que agitó los continentes europeo y americano entre finales del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX. En España, el movimiento anarquista gozó de uno de sus bastiones ideológicos, que se plasmó en su protagonismo en la vida política a través de la movilización social y laboral y con hechos como el asesinato de grandes líderes políticos.

Coches blindados, guardaespaldas y estrictos protocolos de seguridad protegen a los líderes políticos, de todo el mundo en sus desplazamientos y apariciones en público. Y en España este aspecto no resulta una excepción. Toda precaución es poca si se tiene en cuenta que son el centro de atención en actos políticos o mítines electorales. Estar expuestos ante grandes multitudes de personas los señala como blanco en ciertas situaciones en las que, ante cualquier fallo en el sistema de seguridad, se pueden producir circunstancias de riesgo.

En el caso de los cinco presidentes de Gobierno asesinados, las lagunas en torno a su seguridad como altos mandatarios han sido claras y notorias. La historia y las crónicas de la época así lo reflejan. Lo que ha puesto en evidencia una y otra vez la desprotección a la que están sometidos nuestros políticos y otros de todo el orbe.

El magnicidio ha sido durante más de un siglo una respuesta a los deseos de cambio. Mediante maquinación inteligente, la violencia política trata de cambiar el curso de la historia con la muerte violenta de los máximos dirigentes. Desde finales del siglo XIX y hasta muy avanzado el XX, en España, la forma nueva de forzar el destino colectivo era matando a un solo hombre. Un método que ha llegado hasta los tiempos más recientes del franquismo con el magnicidio del almirante Luis Carrero Blanco. En todas las ocasiones se han detectado grupos de ejecutores manejados en la sombra por quienes se benefician de la acción y encubren la verdad, revistiéndola con la supuesta ideología revolucionaria de los asesinos.

Se pueden remarcar, además, cuatro características que se repiten en los cinco asesinatos: importantes fallos de seguridad que dejaron a los presidentes demasiado expuestos; ninguno de los casos fue investigado como debería haberse hecho; a pesar del fracaso que suponen estos actos, ha sido común que los ministros cercanos al presidente asesinado ascendieran en vez de ser destituidos; la cuarta constante es que los asesinos fueron tildados de libertarios o revolucionarios, enmascarando con ello maniobras políticas que, al investigar, puede verse que llevaron a cabo criminales a sueldo, de perfil idéntico.

Prim decía que en España no había republicanos y dicen que ese pensamiento hizo que Paúl y Angulo (político republicano y revolucionario) lo odiara, pero esto debía ser mentira, porque a Prim lo mataron utilizando a Paúl y Angulo solo para arrebatarle el poder. A Cánovas nunca le perdonaron la vuelta de la monarquía y aún menos ser un hombre inteligente y eficaz. A Canalejas su política de reformas sociales le costó la vida; para Dato, la sentencia de muerte fue su firmeza en la neutralidad de España, con la cantidad de dinero que producen las guerras, y a Carrero Blanco le costó la vida que había llegado el momento de romper la continuidad del régimen. Todos estos presidentes sobraban. Los asesinos no atendieron a razones, les daba igual un motivo que otro, la cosa era organizar el atentado.

A Prim lo intentaron matar varias veces, como a Cánovas y Canalejas. Con Dato y Carrero afinaron el tiro y solo necesitaron un intento. En todos los casos, los planes fueron minuciosos, bien dotados económicamente y con derroche de medios.

Sin temor a equivocarnos en nuestra sentencia final, los magnicidios en España han sido eventos cruciales que han alterado el curso de la historia de nuestro país. Desde el siglo XIX hasta la actualidad, líderes políticos y figuras relevantes han caído víctimas de la violencia política, dejando un legado de tragedia y transformación. Estos actos han marcado momentos críticos en la evolución de España, reflejando las tensiones y conflictos inherentes a su complejo contexto histórico y político.

CAPÍTULO 1. EL ADIÓS DE CINCO PRESIDENTES

El transcurso del siglo XIX español fue una amalgama de conmoción e inestabilidad. ¿Razones? La enrevesada escena política, la inquietud social y las desazones del ejército. La combinación de estos tres factores, así como la evolución de los problemas patrios e internacionales hasta la década de 1970, acaban en los crímenes de cinco presidentes del Gobierno como una de las síntesis.

Y es que los magnicidios, o asesinatos de líderes políticos, han dejado una huella indeleble en la historia de España, marcando momentos cruciales que han influido en su evolución política y social. Desde el siglo XIX hasta la actualidad, varios líderes han caído víctimas de estos actos violentos, dejando un legado de tragedia y cambio en el tejido mismo del país. Haciendo un recorrido histórico, comenzamos con el primero de ellos.

1. Prim y su misterioso asesinato (1870)

En España iniciamos ese siniestro recuento el 27 de diciembre de 1870 con el crimen del general Juan Prim i Prats (1814-1870), presidente del Consejo de Ministros, quien era el principal respaldo del futuro rey de España Amadeo I de Saboya. La responsabilidad del asesinato a arcabuzazos en la calle del Turco de Madrid (hoy Marqués de Cubas) del político catalán (tan solo un año después de acceder al cargo) quedará en la sombra, aunque con sospechas hacia republicanos radicales y el propio cuñado de la reina exiliada, Antonio María de Orleans, el duque de Montpensier. Los asesinos, vestidos de transeúntes, le dispararon en su coche cuando se dirigía a su casa para preparar su viaje a Cartagena, donde recibiría a Amadeo I de Saboya. Esa noche había defendido en las Cortes su propuesta sobre el futuro monarca.

«Al retirarse del Congreso —según refleja en sus páginas el diario liberal *La Iberia*— fue asaltado en la calle del Turco el carruaje que los conducía (a Prim y sus ayudantes) por una cuadrilla de asesinos que estaban ocultos en dos coches de alquiler». «Al detenerse este —proseguía—, se bajaron de dos coches de plaza los bandidos, armados de trabucos y carabinas, y rompiendo

con el cañón de estos los cristales de las portezuelas del coche, hicieron sobre este varios disparos a quemarropa».

Prim fue herido a trabucazos la tarde noche de la peor nevada en Madrid. A las 7:30 de la tarde, tras despachar los asuntos del día, el general salió del Congreso de los Diputados por la puerta de la calle Floridablanca. Después de que su ayudante realizara una señal, el cochero acercó el carruaje hasta la puerta. Se despidió de Práxedes Mateo Sagasta, líder del partido progresista, y subió al coche junto a sus dos asistentes, González Nandín y Moya.

Al llegar a la esquina con la calle de Alcalá, un frenazo brusco del carruaje que les precedía obligó al cochero a parar en seco. En ese mismo instante, dos grupos de hombres cubiertos con amplias capas se situaron en torno al coche del general. Estupefacto, Nandín advirtió que uno de ellos sacaba un trabuco y apuntaba al interior del vehículo. Solo tuvo tiempo para gritar: «¡Mi general, cuidado…!».

De manera instintiva, Prim se encogió en el asiento y pudo esquivar el primer disparo. Pero, casi al unísono, por la derecha se escuchó una voz bronca: «¡Fuego, puñeta!… ¡Fuego!». La descarga resonó dentro del coche mientras una nueva ráfaga de trabucazos alcanzaba a nuestro protagonista. Superando toda clase de trabas, el cochero arrancó a toda prisa y consiguió eludir una segunda patrulla de hombres apostada en la calle de Alcalá. El general sangraba abundantemente. Los últimos disparos le habían destrozado el hombro y un brazo.

A Prim lo llevaron a su residencia, la sede del Ministerio de la Guerra, en el palacio de Buenavista. Fue atendido por el doctor Losada, su médico personal, y otro colega, el doctor Lladó. El presidente no quería que cundiera la alarma. Se acordó transmitir la idea de que se iba a reponer, porque parece que eso es lo que sucedería. Los días 28 y 29 los pasó relativamente bien. Pero el 30 le invadió una fiebre alta. Llamaron al doctor Sánchez de Toca, pero ya era tarde: una infección letal acabó con su vida. Prim fallecía el 30 de diciembre de 1870, entre las 20 y las 20:15 horas, el mismo día de la llegada de Amadeo I de Saboya, el rey que él quiso para España. Hasta aquí la versión oficial.

Así finalizó el mandato de Prim, en principio por unas heridas de poca gravedad, pero que se infectaron hasta provocarle la muerte. «Hoy desembarcará el rey y yo me muero», dijo Prim instantes antes de morir, según *La Correspondencia de España.* En el momento del atentado, nuestro protagonista era presidente del Gobierno y también ministro de Guerra.

Según el historiador Josep Fontana, continúa siendo un misterio quiénes fueron los autores del crimen. El cadáver embalsamado de Prim fue examinado por un equipo de expertos y concluyó que lo habían estrangulado

a lazo. Sin embargo, otro dictamen, encargado por la Sociedad Bicentenario General Prim 2014, niega esas conclusiones y sostiene, igual que la versión histórica, que murió a consecuencia de la infección de las heridas del atentado.

Del posible asesinato, de inmediato, se culpó al diputado republicano federal y también acaudalado comerciante de vinos de Jerez, José Paúl y Angulo, porque se comentó que su voz se había escuchado durante el atentado. Sin embargo, más tarde Paúl y Angulo acusaría al duque de Montpensier y al general Serrano, porque el jefe de su escolta resultó implicado en el crimen y porque cuando presidió el primer Gobierno de la monarquía de Amadeo I tras su abdicación no puso mucho interés en investigar el crimen. Estas teorías no se descartan del todo, aunque se estudia también la posibilidad de que detrás del atentado estuvieran los hombres de negocios con intereses en Cuba que temían los cambios que podía introducir Prim en la política colonial. De hecho, en Cuba se daba por seguro que el gatillo se apretó desde La Habana.

La cantinela de que Prim iba a ser asesinado era tan persistente que tres días antes del 27 de diciembre de 1870, en plena Nochebuena, y en los dos días siguientes, por Sevilla, en el feudo de los Montpensier corrió la noticia de que ya había sido asesinado. La misma mañana del crimen, el periodista Bernardo García, director de *La discusión,* puso a su disposición la lista de los pistoleros que abrirían fuego contra él. El diputado republicano Francisco García López también le advirtió del atentado, como lo hizo Emilio Castelar.

Otra investigación apunta a que se escogió un plantel de criminales llegados de distintos puntos de España y coordinados por personajes con harta experiencia en turbulencias políticas y negocios sucios. Todos los criminales eran sicarios remunerados, con salario de diez pesetas por día y la promesa de cinco mil duros si acababan con Prim. Un grupo de selectos asesinos de eficacia probada vino de La Rioja, y otro, de Valencia. Alguno suelto procedía de Zaragoza.

Conspiradores, inductores y elucubraciones

Ricardo de la Cierva, reputado historiador y ministro de Cultura en 1980 por la Unión de Centro Democrático durante la Transición española, señala por su parte que el abogado Pedrol Rius descubrió a los autores materiales, los inductores y las causas de la entrada del sumario en el olvido:

> El ejecutor material del crimen fue José Paúl y Angulo, un señorito criminal jerezano, que había sido revolucionario de 1868, y luego quedó muy resentido contra Prim porque no había premiado sus servicios como él se esperaba. Los inductores eran

de alta cuna. Nada menos que el general Serrano, regente de España y enemigo mortal de Prim desde mucho antes; y el duque de Montpensier, que había contribuido con sus buenos dineros a la revolución de 1868 contra su cuñada Isabel II, pese a lo cual Prim, árbitro de España, que no se fiaba del duque, le cedió el camino del trono a un monarca extranjero.

Precisamente, las esperanzas del duque de Montpensier, escondido tras la candidatura de su esposa Luisa Fernanda, hermana de Isabel II, se acabarían desde el momento en que Amadeo de Saboya alcanzara la corona española; así como las de los que se mostraban partidarios de Alfonso, hijo de Isabel II, acaudillados por Antonio Cánovas con la eficaz cooperación del duque de Sesto, y, por supuesto, de los republicanos.

Mientras, la primera voz que se alzó contra Serrano fue la de la viuda de Prim. Cuando el rey Amadeo I tuvo la ocasión de visitar la capilla ardiente, le aseguró que nada lo detendría hasta descubrir a los asesinos. Por su parte, Francisca Agüero respondió: «Vuestra Majestad no tendrá que buscar muy lejos». Y con la mirada señaló a Serrano, que estaba a su lado. Resultaron ser más graves las declaraciones de un cabo del Ejército, Francisco Ciprés, quien se ofreció a identificar al promotor de un anterior intento de asesinato contra Prim. El implicado fue José María Pastor, jefe de la escolta de Serrano.

Ahora nos detenemos en la figura del periodista Francisco Pérez Abellán. Quien creó la Comisión Prim de Investigación cuando dirigía el departamento de Criminología de la Universidad Camilo José Cela. No tenía más intención que la de «aplicar las técnicas de investigación más avanzadas para aclarar el magnicidio de Prim, que es el gran misterio de la historia criminal española». Hasta Reus se desplazó un equipo, en cuya ciudad se custodia el cuerpo del general embalsamado y, después de realizar una autopsia, concluyó que Prim había sido estrangulado poco después del atentado, al detectarse unos «surcos en el cuello». Abellán aseguró haber resuelto el crimen. Sin embargo, parte del equipo científico que lo secundó se negó a firmar dichas conclusiones: de hecho, solamente lo apoyó la médica forense Mar Robledo. Abellán se mostró abiertamente enfrentado con la Sociedad Bicentenario, estamento que descarta el estrangulamiento como causa de la muerte.

Un militar de prestigio

Militar y político, Juan Prim y Prats, nacido en Reus (Tarragona), consolidó su primera carrera militar durante la guerra carlista. Ferviente admirador tanto de Cataluña como de España, marcó con su vida, y con su muerte, la historia del segundo tercio del siglo XIX en nuestro país. Un tipo que se propuso alcanzar las más altas metas en todo cuando emprendió: la

milicia, la política, la sociedad…, y lo logró: capitán general, presidente del Gobierno, diplomático hábil, parlamentario eficaz, gran señor, *bon vivant,* hombre de mundo, amante de la naturaleza, cazador impenitente… Prim fue el hombre que hizo posible la monarquía democrática en España en el convulso siglo XIX.

Su infancia y su adolescencia se desenvuelven en la España de Fernando VII, signadas por el creciente antagonismo entre los partidarios del liberalismo y los defensores del Antiguo Régimen. Tras la muerte del monarca, los carlistas se sublevaron inmediatamente en varios puntos de España (Talavera de la Reina, La Rioja, Guipúzcoa… y Cataluña). Con diecinueve años, Prim se alistó en el ejército en calidad de soldado distinguido de cuerpos francos el 21 de febrero de 1834. Al cabo de un mes y quince días pasó a la categoría de cadete. Empezaba de esta forma una de las más brillantes carreras militares del siglo XIX.

En Cataluña demostró un extraordinario valor, que rayaba muchas veces en la temeridad. Recibió diversas heridas y acabó la contienda con el grado de teniente coronel mayor y dos Cruces de San Fernando. Sobre todo, Prim adquirió merecidamente la aureola de héroe, de hombre intrépido, que le acompañaría toda su vida.

De convicciones liberales, se inició en política poco después del conflicto carlista como diputado del partido progresista por Tarragona, en 1841, de acuerdo con la orientación de su entorno urbano y familiar. Intervino en defensa de los intereses industriales de Cataluña, como haría siempre a lo largo de su vida.

Prim se implicó en la oposición a Espartero, que ocupaba la Regencia de España. El modo de gobernar personalista y militarista de este provocó la enemistad con muchos de sus partidarios. Prim tomó contacto con la Orden Militar Española que conspiraba contra el regente. En la primavera de 1843, el catalán participó en la sublevación militar que acabó con la huida de Espartero a Inglaterra y la entrada de los rebeldes en Madrid, con Narváez como hombre fuerte del Ejército. Como recompensa por su intervención en aquellos episodios, Prim obtuvo los títulos de conde de Reus y vizconde del Bruch, fue ascendido a brigadier y adquirió popularidad entre los progresistas de Cataluña.

Proclamada reina Isabel II en octubre del año 1843, la situación política en España giró pronto a la derecha. Tras unos meses del Gobierno de Luis González Bravo, el general Narváez ocupó la presidencia del Consejo de Ministros, lo que dio inicio a la década moderada.

Prim había contribuido al triunfo de los nuevos gobernantes, pero su significación era progresista, y sus relaciones con ellos fueron complejas. El político catalán comenzó por aquella época sus viajes al extranjero, en particular a Francia, que aprovecharía para mejorar una formación tan

escasa en sus inicios. Entre otras cosas, adquirió un considerable dominio del idioma francés.

Gobernador de Puerto Rico

Gobernador de Puerto Rico en octubre de 1847, observador en la guerra de Crimea, Prim participó en las intervenciones exteriores de la época de la Unión Liberal, tanto en África como en México. El mando de Prim en la isla caribeña solo duró hasta julio de 1848. En su temprano cese influyeron las protestas que llegaron a la Corte por el desempeño autoritario del cargo. En particular, destacan las duras medidas adoptadas para prevenir la rebelión de los esclavos puertorriqueños (el llamado Código Negro) y la represión implacable de los conatos que se produjeron.

De vuelta de Puerto Rico, el catalán alternó sus estancias en Madrid y en el extranjero, acumulando conocimientos, relaciones sociales y deudas, porque su estilo de vida era muy superior a sus ingresos.

Prim resultó elegido diputado en tres ocasiones, venciendo la oposición del Gobierno y de la jerarquía eclesiástica. Trató de estrechar lazos con los progresistas, que habían criticado su colaboración con el Gobierno en Puerto Rico, y con la opinión catalana. Solicitó ser enviado como observador a Turquía, al escenario de la previsible guerra que estallaría entre Rusia y las potencias europeas occidentales. Lo que pedía era un favor, pero el general Lersundi, presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, debió pensar que era mejor alejarlo de España y accedió.

La estancia en el Imperio turco duró desde agosto de 1853 hasta agosto de 1854, con el paréntesis del invierno que pasó en París. Cuando llegó a Constantinopla fue recibido por el Sultán. En octubre, Turquía declaró la guerra a Rusia, y Prim asistió al combate que se desarrolló en Tutrakán, no solo como mero espectador, ya que aconsejó la colocación de las piezas de artillería que habrían de facilitar la victoria turca.

También viajó al actual territorio de Bulgaria, y en Rutschuck, mientras dirigía obras de fortificación, tuvo noticia de la revolución iniciada por el pronunciamiento del general O'Donnell, en Vicálvaro (Madrid). Inmediatamente volvió a España.

Apoyó al Gobierno de O'Donnell

El Gobierno le nombró, en enero de 1856, teniente general, con aprobación unánime del Congreso de los Diputados. Una medida que suponía la culminación de su carrera militar. Prim se mostró de acuerdo con la conducta seguida por O'Donnell al mando del Gobierno del país.

Comenzó en ese momento, por tanto, un alejamiento de los progresistas, que duraría hasta 1863, y una aproximación al general Leopoldo O'Donnell. Una evolución que, probablemente, tenía mucho que ver con el nuevo rumbo que acababa de tomar la vida privada, y financiera, de Prim.

A nivel personal, el 3 de mayo de 1856 el catalán contrajo matrimonio, en la iglesia de la Magdalena de París, con Francisca Agüero González, veinte años más joven que él, mexicana, de origen español, y heredera de una gran fortuna. El matrimonio tuvo dos hijos: Juan e Isabel, de la que fue madrina la reina Isabel II.

El principal hecho de la vida política española en los años posteriores de aquellos tiempos fue la creación de la Unión Liberal, que pretendía sustituir a moderados y progresistas de modo permanente. Prim fue nombrado senador por el Gobierno presidido por O'Donnell en 1858.

En lo que respecta al ámbito exterior, el ataque de los rifeños a un destacamento español en las proximidades de Ceuta fue aprovechado por el Gobierno para iniciar una guerra de prestigio contra Marruecos, apoyada por la opinión pública en España y consentida por Inglaterra y Francia.

La guerra contra Marruecos entre 1859 y 1860 le sirvió para adquirir un gran prestigio, como consecuencia de las acciones de Castillejos (por la que recibió el título de marqués de los Castillejos, con grandeza de España), la batalla de Tetuán y la definitiva de Wad-Ras, que puso fin a la guerra, con la victoria española. En estas dos últimas Prim estuvo al frente de cuatro compañías de voluntarios catalanes a quienes recibió y arengó en su lengua, con acentos napoleónicos.

Cuando Prim volvió a España, en 1862, tras un periplo por México, la Unión Liberal estaba completamente en crisis. Se abría una nueva etapa política. La misma reina convocó a tres ilustres progresistas a los que dijo que «deseaba ver alternar en el poder con los demás partidos al partido progresista». Quedaba por concretar el cómo.

Sin embargo, el rumbo político no encontró puerto. En agosto de 1863, el ministro de Gobernación publicó una circular en la que restringía el derecho de reunión en los mítines electorales. Los progresistas acordaron el retraimiento electoral y no volverían a reintegrarse en el sistema. Su apartamiento de las instituciones era claramente una apelación a la insurrección armada.

Se inicia la Gloriosa de 1868

Prim abandonó la Unión Liberal y se reincorporó a un partido progresista que necesitaba un jefe militar. Integrante de sus filas, llevó adelante una ingente actividad entre 1864 y 1868 contra Isabel II y el

sistema moderado, que le situó a la cabecera del pronunciamiento de 1868. Se entrevistó tres veces con la reina de España en La Granja de San Ildefonso (Segovia) para pedirle que se retirara la circular. Al parecer, la monarca se lo prometió, pero no se hizo. Y el retraimiento progresista se mantuvo. A lo largo de los cinco años siguientes destacan dos actitudes en la conducta de Prim.

Por un lado, su continua actividad conspirativa, que se manifestó abiertamente en el levantamiento de Villarejo de Salvanés (Madrid), en enero de 1866, y la sublevación del Cuartel de San Gil (Madrid), en junio del mismo año. Por otra, su recomendación de «hacer política fina», es decir, negociar y acogerse a cualquier amnistía que se les concediera. El objetivo de su apelación a la fuerza era obligar a la Corona a cambiar el rumbo político, más que un intento de derribar la dinastía. Pero fueron los errores de los Gobiernos unionistas y moderados, a partir de 1866, y la deriva inconstitucional de la monarquía, los que acabaron facilitando la formación de la gran coalición revolucionaria.

En agosto de 1866, los partidos progresista y demócrata acordaron en Ostende (Bélgica) unirse para derribar a Isabel II. Tras la muerte de O'Donnell, en 1867, los unionistas se adhirieron al pacto. La muerte de Narváez, en marzo de 1868, privó a Isabel II de su último recurso. Y el dinero facilitado por el duque de Montpensier, esposo de la hermana de la reina, que confiaba en conseguir la Corona, aportó los medios para financiar el levantamiento, que se produjo en Cádiz, en septiembre de 1868, y expulsó a Isabel II.

Elevado a la categoría de mito popular, como símbolo de la revolución, Prim dirigió los destinos españoles hasta su asesinato el 27 de diciembre de 1870. Fue ministro de la Guerra en el Gobierno provisional, y presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, una vez aprobada la Constitución, en junio de 1869. Su logro principal fue mantener unida la coalición de partidos que habían participado en la revolución de 1868 y, con posterioridad, habían optado por la monarquía. Lo consiguió, no sin dificultades. Buen conocedor de la política colonial, planteó la necesidad de reformas profundas para solucionar los problemas de la isla de Cuba.

Prim llevó personalmente las gestiones en busca de un rey. Incidió decisivamente para que el país se inclinara, después de 1868, por la forma monárquica de Gobierno. Descartó a los Borbones y, tras el rechazo de los primeros candidatos (Espartero y el rey viudo de Portugal), se dirigió a las casas europeas con mayor prestigio: la italiana de Saboya y la prusiana de Hohenzollern. El príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen aceptó, pero Napoleón III se opuso. La respuesta del canciller de Prusia, Bismarck, dio lugar a la guerra franco-prusiana, que supuso la unificación de Alemania y, en Francia, la proclamación de la Tercera República. Finalmente,

Amadeo de Saboya, hijo del rey de Italia, mostró su disposición a reinar en España y las Cortes Constituyentes aprobaron su candidatura.



Monumento a Juan Prim en Barcelona.

2. La peligrosa incógnita de la muerte de Cánovas (1897)

Como Marco (aquel personaje de dibujos animados que acompañó nuestra infancia allá a finales de los ochenta del pasado siglo) partió de Italia para buscar a su madre a Argentina; por su parte, un anarquista italiano recorrió media Europa para llegar a España y ejecutar su plan: acabar con la vida de Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897), jefe del Gobierno de España.

Narremos los hechos tal y como acontecieron y reflejan las crónicas. El político, que dirigió el país hasta su asesinato (de 1895 a 1897), se relajaba en el balneario guipuzcoano de Santa Águeda de Mondragón para tratar los achaques de glucosuria (la presencia de glucosa en la orina) que, a sus sesenta y nueve años, padecía. El 8 agosto de 1897, mientras se encontraba sentado en un banco de los patios del recinto leyendo la prensa, el anarquista italiano Michele Angiolillo Lombardi, relacionado con la masonería, le disparó tres veces prácticamente a quemarropa a metro y medio de distancia.

Cánovas murió en el ataque y su asesino lo justificó como una represalia

por las torturas a los anarquistas detenidos, torturados y ajusticiados durante los procesos de Montjuïc, por hacer detonar una bomba en una procesión del Corpus en Barcelona un año antes.

«La bala atravesó la cabeza del mandatario, entrando por la sien derecha y saliendo por la izquierda. Al primer disparo siguieron otros dos. Por efecto del primero, el señor Cánovas se incorporó, yendo a caer a unos tres metros de distancia. Al incorporarse, le disparó el segundo tiro el asesino. La bala entró por el pecho y salió por la espalda, cerca de la columna vertebral. El tercer disparo fue hecho estando ya el señor Cánovas en el suelo». Así describe los acontecimientos el periódico *La Época.*

Tras oír las detonaciones, la esposa de Cánovas bajó rápidamente las escaleras y se encontró a su esposo tirado en el suelo, boca abajo, en medio de un gran charco de sangre. Joaquina de Osma se volvió al italiano y le increpó: «¡Canalla! ¡Asesino!». Por toda respuesta, Angiolillo dijo impávido: «He venido a vengar a mis hermanos de Montjuïc». Se refería a los cinco ácratas ejecutados en el castillo del parque barcelonés meses atrás.

Cánovas todavía respiraba. Los médicos del balneario intentaron taponar las heridas. Cuando le subieron a su cuarto estaba agonizando. El ejecutor mostró total indiferencia cuando, al ser detenido, entregó su arma. Todavía le quedaba una bala en la recámara.

El artífice de la restauración borbónica moría en tiempo de la regencia de María Cristina de Habsburgo. Antes, ya había sufrido un aviso. El 20 de junio de 1893 se produjo un atentado mediante bomba en la casa de Cánovas, en el palacio de La Huerta, de Madrid. La bomba estalló en las manos del terrorista anarquista que la puso, Francisco Ruiz, tipógrafo de profesión. La debacle del homicida no alteró la tranquilidad de Cánovas, un hombre de Estado.

Angiolillo, para llegar a estar cara a cara con Cánovas, se hizo pasar por enviado especial del periódico italiano *Il Popolo,* que no parecía interesado en obtener una entrevista con el presidente, pero que, sin embargo, le seguía en sus pasos por la carretera. El falso periodista se registró el día 5 de agosto de 1897 y pasó tres noches, hasta el domingo 8, de anónimo veneciano. Era el único extranjero. A nadie le sonaba su nombre, aunque *Il Popolo* se leía en España.

Se trataba de un tirador experto, maestro del disimulo. Pese a ello, jamás habría llegado sin ayuda a seguir los pasos de Cánovas. Llegó a encontrarse con él tres veces antes de matarlo en la galería del balneario: una vez en San Sebastián, otra en el camino de la ermita y la tercera incluso se atrevió a abrir la puerta de la habitación del presidente, aunque se asustó y huyó. A Cánovas no le mató un aficionado que se jugaba el pellejo, sino un profesional que creía hasta el final que saldría con vida.

La muerte de Cánovas se oficializó a las dos de la tarde. De inmediato

informaron a la reina María Cristina. Al conocer el suceso, la monarca comenzó a tener fobia social y se encerró en sus habitaciones. No apareció en público durante los tres días siguientes, y dispuso que el ministro de la Guerra, el general Azcárraga, se hiciera cargo de forma temporal de la presidencia del Gobierno. Tras el velatorio en Madrid, el entierro y el funeral de Cánovas alcanzaron rango de duelo nacional.

La falta de custodia policial (9 agentes y 25 guardias civiles encargados de la protección) que precedió al asesinato de Cánovas jamás fue explicada. El jefe de la policía del presidente fue cesado por los comentarios de prensa que le criticaban y no por su negligencia.

El ambiente en la calle fue de cierta frialdad. La opinión pública no dio muestras con Cánovas de la repercusión con que había recibido la muerte de Prim. En España existían en ese momento más de treinta periódicos de contenido anarquista y la oposición se mostró poco conmovida. En el extranjero, sin embargo, sucedió todo lo contrario. *The New York World* dio las claves del asesinato libre de complejos y coacciones.

El joven italiano fue sentenciado a muerte por un consejo de guerra siete días después del asesinato, y el 20 de agosto a las once de la mañana murió agarrotado en la prisión de Vergara. Durante el transcurso del juicio, el acusado mostró sangre fría y no difirió de las escuetas declaraciones efectuadas en el momento de su captura. Dijo que no tenía cómplices y que había actuado en solitario, aunque investigaciones posteriores descubrieron que Angiolillo había estado en contacto con los líderes de los insurgentes cubanos en París, y que habían sido estos quienes le habían pagado el viaje hasta Madrid. Por mucho que se esforzó, la policía no fue capaz de encontrar los apoyos del asesino, ni cómplices, ni rastro de sus movimientos.

Resulta curioso que la intención de Angiolillo fuera primero de todo acabar con la vida de la regente María Cristina y de su hijo Alfonso XIII para vengar la ejecución reciente en Barcelona de varios anarquistas, y no con la del presidente del Gobierno. Con el asesinato del presidente no solo se pretendía quitarlo de en medio, sino congelar el proyecto del Gobierno. Algunos historiadores veraces afirman que todo apunta a que el asesinato de Cánovas no fue obra de anarquistas, aunque el ejecutor fuera uno de ellos. Según ellos, Angiolillo era un revólver de alquiler, circunstancia frecuente en los magnicidios españoles.

¿Quién era Cánovas?

Fundador y líder del Partido Conservador, Antonio Cánovas del Castillo era el político más importante de España en esos momentos, además de un reputado historiador y académico. Nacido en Málaga, en la casa número

uno de la calle Nudo Gómez, en 1828, estudió Derecho en Madrid mientras se abría paso en el mundo del periodismo.

Se metió en la política de la mano de Leopoldo O'Donnell, creador de la Unión Liberal. Como ministro de Gobernación en 1864, y de Ultramar y Hacienda al año siguiente, el político malagueño se mantuvo neutral en la revolución que expulsó a Isabel II del trono en 1868. Pero tras los intentos frustrados de Amadeo de Saboya y la Primera República, Cánovas se mostró más pragmático y defendió con vehemencia la monarquía parlamentaria en la figura de Alfonso XIII. «Soy monárquico —decía—, pero no impaciente».

Llegó el turno del pronunciamiento del general Martínez Campos en Sagunto a finales de 1874, y se abrió una nueva etapa en la política española, de la que Cánovas se convertiría en impulsor y principal artífice, circunstancia que le permitiría gobernar casi en exclusiva hasta 1881. Para ello instauró el sistema rotatorio de dos grandes partidos (el conservador y el liberal de Sagasta) en el poder. Se proclamaba católico practicante, pero no quería extremar la intolerancia mantenida años atrás por los moderados. Para él, el Estado tenía derecho a supervisar la moral pública, y los padres de familia a educar a sus hijos de acuerdo con sus propias convicciones cristianas.

Como orador parlamentario, Cánovas demostró sus excelentes cualidades y su facilidad para improvisar, replicando hábilmente cuando algún adversario le interrumpía en el salón de sesiones. Se expresaba con claridad, y sin dejar de ser profundo revestía su oratoria de expresiones muy bellas.

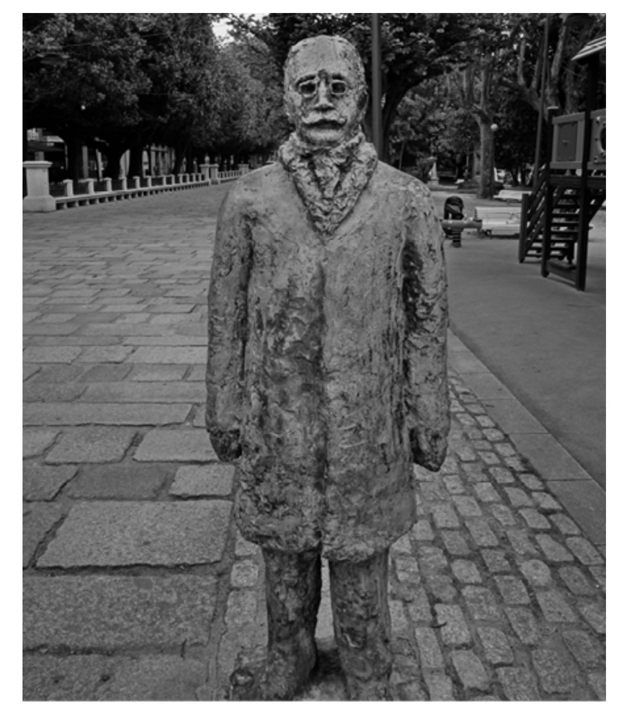
En su apartado como historiador, Cánovas dejó escritas ochenta y siete obras, aparte de multitud de folletos y de artículos, notables por su amenidad y por su preciosa documentación. Era capaz de atender a la vez sus complicadas ocupaciones políticas sin abandonar sus tareas intelectuales. Con su muerte se acabó el régimen bipartidista en el Gobierno de la nación.



Tumba de Canóvas del Castillo y Eduardo Dato en el Panteón de hombres

3. El fin de Canalejas: misterios sin resolver (1912)

La sangre que perdió una vez tendido en el suelo fue muy poca. Y parecía coagulada al salir. Su reloj de bolsillo quedó congelado para siempre en la hora del atentado, las 11:25. El 12 de noviembre de 1912, en la Puerta del Sol de Madrid, José Canalejas (1854-1912), presidente del Consejo de Ministros del Gobierno de España, se paró delante del escaparate de la librería San Martín, muy cerca de la esquina con la calle Carretas y del entonces edificio de la Gobernación que hoy es sede del Gobierno regional de Madrid. Se dirigía a su domicilio (en una época en la que los mandatarios volvían andando a su casa sin levantar el más mínimo revuelo) después de haber deparado asuntos de Estado con el rey Alfonso XIII.



Estatúa de José Canalejas en la Alameda de Suances, en la ciudad de Ferrol (Galicia).

Fue en ese momento cuando el anarquista Manuel Pardiñas «se acercó al presidente y, casi apoyándose en su hombro, le hizo un disparo con una pistola Browning modelo 1910, de 9 milímetros. El criminal hizo un segundo disparo y, al ver que el Sr. Canalejas había caído al suelo, y que la gente se arremolinaba a su alrededor, trato de huir», según refleja la crónica del periódico *ABC*. En total, realizó tres disparos por la espalda. El mandatario falleció tras perforar una bala su cráneo. Menos mal que uno de los policías que seguía al presidente a cierta distancia golpeó con un bastón al asesino, quien no encontró otra salida que pegarse dos tiros en la cabeza. Pardiñas portaba consigo el retrato de una mujer que llevaba la inscripción «a mi inolvidable Manuel», un billete de 25 pesetas, un trozo del libro *Astronomía Popular*, de Camile Flammarion, y un ejemplar de *ABC* del día anterior.

Hoy en día se desconoce la razón del magnicidio. Quizá respondiera a un plan premeditado; la estancia de Pardiñas en la zona podría haber obedecido a su intención de atentar contra Alfonso XIII, pues la presencia de Canalejas en la Puerta del Sol era casual y no pudo haber sido prevista de antemano. El asesino no estaba fichado y su nombre tampoco aparecía en el registro de anarquistas de la policía. Sin embargo, otras fuentes recogen que Pardiñas era un personaje muy conocido por la policía española que había seguido sus pasos meses antes al día del asesinato desde que estuvo en

Buenos Aires hasta su presencia, constatada en ficha policial en varias ciudades europeas. Se le perdió la pista en septiembre de 1912.

Las circunstancias que rodearon el asesinato de Canalejas dieron pie para que pronto se extendiera la idea de que el crimen era la consecuencia de un plan gestado por el anarquismo terrorista, en concreto por los elementos más activos del «grupo de Tampa» (fundado en 1911 por el tipógrafo y anarquista catalán Pedro Esteve con el objeto de recabar fondos para impulsar todo tipo de acciones, incluidas las terroristas, a favor de la revolución mexicana, grupo al que pronto se vincularon numerosos anarquistas italianos y españoles refugiados en América) que se habían marcado como objetivo eliminar a los principales dirigentes políticos de la España alfonsina. Así de trágico terminó el segundo intento de «regeneración desde dentro» del régimen político de la Restauración durante el reinado de Alfonso XIII.

Comienzan las dudas

Existen incógnitas en torno a la muerte del político. La versión oficial, pero puede que errónea según el cariz con que se estudie, contempla que le mataron de tres tiros, y que el de la cabeza le entró por la parte derecha. También se dice que el pistolero disparó casi apoyándose en el hombro. El asesinato fue muy rápido y mucha gente ni siquiera se dio cuenta de lo que pasaba.

Canalejas se derrumbó, cayó al suelo y todavía recibió un segundo balazo en el codo izquierdo. Los disparos que realizó el asesino debieron de ser al menos cuatro, porque además del que tenía en el codo, otros tres dieron en el escaparate de la librería agujereando el cristal. El hijo del propietario dice que se escucharon hasta cinco ráfagas. Otras dos balas perdidas hirieron a dos transeúntes, un hombre y una mujer. Por lo que el cargador de siete balas no alcanzaba para que el asesino se descerrajara encima otros dos disparos en la cabeza para quitarse la vida. La teoría del suicidio, según el criminólogo Francisco González Abellán, no se sustenta.

Según las fuentes consultadas, Canalejas murió de un disparo que le entró por la oreja derecha, pero según Abellán, «la realidad es exactamente al revés: el disparo le entró por debajo del lóbulo del oído izquierdo y le salió por el derecho. Esto, al comprobar que el homicida se acercó por la espalda, arroja la posibilidad de que fuera zurdo, con lo cual haría imposible que se disparara a la sien derecha».

Según la versión oficial, Pardiñas, en cuanto cometió el crimen, huyó a escape. Sin embargo, un transeúnte trató de detenerlo, y también un policía. Una vez libre de ellos, se dice que se refugió tras un coche en la

parada a la entrada de la calle Carretas, donde, según el relato más difundido, «se disparó dos tiros», desplomándose en el acto. Uno de los tiros fue dirigido a la sien derecha, y otro en el lóbulo frontal izquierdo, que no pudo dispararse él. ¿Cómo se explica esta contradicción? Además, un estudio de Antropología de la época de la Universidad de Madrid menciona una sola herida en la cabeza de Pardiñas, la de la sien derecha, aunque *ABC* publicó una fotografía del asesino en la que se aprecian de forma inequívoca los dos agujeros de entrada en su cabeza.

También surgen otras diatribas en torno a este suceso. El asesino fue Manuel Pardina Sarrato, según el acta de nacimiento de su Ayuntamiento, y no Pardiñas, como refleja la versión oficial. Otra fuente que pone en entredicho la versión oficial es Julián Granado, autor del libro *Complot Canalejas*, que ganó el XXIII Premio de Novela Ciudad de Salamanca. De Pardina dice que «más que un anarquista con ideales, que los tenía, parece más bien un pobre hombre al que utilizaron, el peón ejecutor de una trama más importante». Entonces, ¿quién podría estar interesado en la muerte del político? Uno sería la Iglesia, quien mostraría su disconformidad con Canalejas por querer establecer el poder político separado de la misma. Los clericales más reaccionarios, como los carlistas, también pedían la cabeza del presidente del Gobierno. Incluso nuestro país vecino. Francia «pretendía hacernos comulgar con ruedas de molino, quedándose con la parte más fértil del protectorado marroquí, dejando a España una zona árida sin el menor interés y habitada por las cabilas más insurgentes y feroces. Canalejas dijo que no firmaría mientras fuera jefe del Gobierno», asevera Granado.

Lo que sí es cierto es que Canalejas no hizo el recorrido habitual a su casa el día de su asesinato. Solía ir de su domicilio, en coche, a palacio para despachar con el monarca a las diez en punto de la mañana, después al Ministerio de Gobernación y luego a pie a su casa, entre doce y doce y media del mediodía, desde la Puerta del Sol hasta el número 11 de la calle Huertas. Pero el día de marras salió de palacio a las diez y media y se dirigió en coche a su casa. ¿Por qué varió su rutina?

Los idus de noviembre

Resulta curioso que el político llevaba mucho tiempo preocupado por las amenazas de muerte. La esposa afirma que se sentía sentenciado. Su esposo le había comentado en alguna ocasión que la policía había perdido el rastro de un tipo peligroso que podría darle un disgusto severo. La noche anterior a su muerte, el presidente del Gobierno se las vio y deseó para conciliar el sueño y cuando quedó levemente dormido sufrió una angustiosa pesadilla.

Canalejas fue un político capaz de liberar a los ciudadanos españoles del impuesto sobre consumos que encarecía la subsistencia, de establecer una norma que obligaba a todos por igual a ir a la guerra y defender la patria, y también promulgó la ley del candado, que puso límite a las órdenes religiosas. Por lo que resulta complicado de entender que descuidara su propia seguridad el día que acabaron con su vida.

A día de hoy, y con la perspectiva como fondo, quizá podamos considerar algo exageradas las afirmaciones de Salvador de Madariaga cuando en su obra *España* consideró a Canalejas como el estadista que por sí solo podría haber cambiado la singladura histórica de España; pero de lo que no cabe la menor duda es de que Canalejas fue tal vez el único estadista de su tiempo que tenía un proyecto de Estado plausible para la regeneración política y la democratización de la monarquía española. Un proyecto reformista que se vería frustrado por la acción asesina de un revolucionario anarquista, cumpliéndose de nuevo la máxima histórica que dice que no hay mayor enemigo para un revolucionario que un reformista, y Canalejas lo era convencidamente.

Uno de los personajes que quedaron más conmocionados por el asesinato del presidente fue Alfonso XIII. Cuando se entró de la lamentable noticia, el rey de España se preguntó: «¿Pero de verdad ha muerto el señor Canalejas?». Muy emocionado, se presentó en Gobernación y al comprobar que efectivamente se trataba del cadáver de nuestro protagonista reprochó al jefe de policía: «¡Pues sí que han vigilado ustedes bien!». El *Heraldo de Madrid* recogió en sus páginas que la negligencia policial motivó una revuelta ciudadana.

La muerte de Canalejas fue una sacudida intensa en todo el país y deparó varias consecuencias a nivel político y social. Su asesinato supuso una profunda reorganización de la policía y los servicios de inteligencia, lo que incluyó la creación de la nueva Dirección General de Seguridad. También supuso la formación de unidades específicas para combatir el terrorismo anarquista, como la Brigada de Informaciones o la Brigada de Anarquismo y Socialismo.

Una carrera fulgurante

El presidente asesinado había nacido en El Ferrol, el 31 de julio de 1854. Desde muy joven demostró aficiones literarias; se aficionó al periodismo. Con el seudónimo de «El cantor de Mugardos» comenzó a escribir sobre temas políticos. Luego fundaría el periódico *El Demócrata;* llegaría a dirigir *El Heraldo de Madrid.*

En 1872 obtuvo un doble doctorado: Derecho y Filosofía y Letras. Si en

sus años juveniles simpatizó con los ideales republicanos, luego acató la monarquía en el seno del Partido Liberal. En septiembre de 1878, contrajo matrimonio con una joven de ascendencia francesa: María Saint-Aubien, que fallecería a los pocos años sin dejarle descendencia. En segundas nupcias, se casó con María de la Purificación Fernández Cadenas, con quien tuvo seis hijos, cinco mujeres y un varón.

Como político destacó como elocuente orador parlamentario. En 1883 fue designado subsecretario de la presidencia del Gobierno de Sagasta. Cinco años después le confiaron la cartera de Fomento y luego la de Gracia y Justicia. También desempeñó el ministerio de Hacienda en otro gabinete liberal. Una fulgurante carrera que le auparía a la presidencia del Gobierno en la segunda etapa de la Restauración, 1910.

4. Un atentado ideado: Eduardo Dato (1921)

Una acción que podría haber firmado la mismísima banda de Al Capone, tan de moda en aquellos años en la lejana Chicago (Estados Unidos). Sin escatimar balazos. El 8 de marzo de 1921, una motocicleta con sidecar (una Indian de siete caballos y color gris), en la que viajaban los anarquistas Pedro Mateu Cusidó, Luis Nicolau Fort y Ramón Casanellas Lluch, se colocó al lado del coche del presidente del Gobierno de España por aquel entonces, el gallego Eduardo Dato Iradier (1856-1921), del Partido Conservador, y sin parar realizaron hasta veinte disparos, de los cuales tres alcanzaron al dirigente. Ocurrió en el centro de Madrid. El atentado fue similar al de Prim. De nuevo se aprovechó el itinerario de vuelta al domicilio del político para ejecutar la emboscada, que tuvo lugar en la plaza de la Independencia de Madrid.

Dato murió de forma instantánea después de recibir dos disparos en la cabeza y uno en el cuello. Los asesinos huyeron en moto a toda marcha por la calle de Serrano. La indignación popular fue tremenda, por lo que el director general de Seguridad se vio obligado a dimitir ante la gran cantidad de críticas que recibió la policía por su falta de previsión. Y es que se volvía a poner en evidencia la falta de protección del presidente del Gobierno. Dejaron a Dato solo y expuesto. No le acompañaba ningún custodio.

Mateu fue apresado días después en el comedor de un piso de la casa número 164 de la calle de Alcalá. En el momento de su detención llevaba una pistola Star, calibre 9. Aunque lo condenaron a muerte, el anarquista recibió el indulto del general Miguel Primo de Rivera (1870-1930), cuyo golpe de Estado estaba a punto de llegar.

Nicolau también fue detenido, juzgado y condenado a muerte, si bien el rey Alfonso XIII le conmutó la pena por treinta años de cárcel, aunque

quedó en libertad diez años después, con la amnistía promulgada por la llegada de la República. El otro anarquista, Ramón Casanellas, pudo huir a la Unión Soviética y nunca pagó su participación en el magnicidio.

La versión oficial nos dice que tres anarquistas catalanes (si bien el historiador Carlos Seco señala, en el perfil biográfico de Dato para la Academia de la Historia, que fueron cinco los autores), en respuesta a la brutal represión ejercida por el gobernador militar de Barcelona (Martínez Anido) contra unos huelguistas un año antes, descerrajaron una cantidad elevada de balazos contra el presidente del Consejo de Ministros de España, que cayó desplomado sobre el asiento del carruaje.

La preparación del atentado fue meticulosa y, efectuadas las comprobaciones necesarias, se perpetró de la siguiente manera: el coche oficial en el que iba Dato circulaba a sesenta kilómetros a la hora a la altura del Palacio de Comunicaciones. Ramón Casanellas conducía la moto, dio un viraje y se situó a unos veinte metros del vehículo, modelo americano, grande, de color negro. Al llegar a la plaza de la Independencia, el coche frenó un poco y entonces los anarquistas se acercaron hasta casi tocar la parte trasera. Eran las 8:14 minutos del 8 de marzo de 1921.

Casi simultáneamente, Nicolau y Mateu abrieron fuego con sus Mausers. Agotaron el cargador. Veinte balas en total. Salieron disparados por la calle Serrano. Doblaron hacia la Castellana por la calle de Goya, y luego todo arriba hasta la calle de Arturo Soria.

En el interior del coche, Eduardo Dato yacía con la cabeza destrozada. Murió de manera instantánea. El coche fue alcanzado por dieciocho proyectiles. El conductor, Manuel Rosa, sargento de Ingenieros, aceleró la marcha rumbo a la casa del político conservador. El tercer ocupante del vehículo, ayudante de Dato, sufrió una herida superficial en la cabeza. En la Casa de Socorro del distrito de Buenavista, Dato ingresó cadáver.

Su majestad el rey, informado del atentado, a los pocos minutos de cometido, presidió una reunión de Gobierno, y pidió los máximos honores para el presidente inmolado por los terroristas. Vivamente impresionado por el crimen, Alfonso XIII no solo dispuso honores de capitán general con mando en plaza para los restos mortales del presidente asesinado, sino que quiso ir, personalmente con la reina, a su domicilio, para expresarle a la familia doliente su pésame.

El periódico *ABC* reflejó al día siguiente en sus páginas que el itinerario del vulnerable Dato solo estaba vigilado por cinco policías: uno a la puerta del Senado, otro en la calle Arenal, el tercero en la Puerta del Sol, el cuarto en la plaza de Cibeles y el quinto a la puerta de su domicilio. Los periódicos radicales no se ponen de acuerdo sobre cuántas heridas recibió Dato: *El Sol* y *La Voz* dicen que ocho en total, y *La Acción* afirma que además de las de la cabeza, recibió ocho más.

En la actualidad podemos recrear, gracias a los testimonios y datos que fueron recogidos por la prensa, así como por la reconstrucción de los hechos que contiene el expediente del juicio a los acusados, detalles pormenorizados del magnicidio, aunque aún persisten, como entonces, preguntas sin respuesta. En su sentencia de 11 de octubre de 1923, la Audiencia de Madrid reconoce que los asesinos de Dato aterrizaron en Madrid unos días antes y, con total impunidad y casi con ostentación, comenzaron los preparativos del atentado, que ejecutaron sin contratiempos.

La versión de cómo se produjo el asesinato nos la cuentan las víctimas que lo sufrieron y siguieron con vida. El asistente de Dato, Juan Jesús Fernández, dice que el atentado ocurrió cuatro o seis metros antes de llegar a la Puerta de Alcalá y escuchó los últimos tiros al pasar frente a la calle Serrano. El chófer oyó los disparos y vio una moto que huía. El asistente gritó: «¡Arrea que nos han matado!». Vieron entonces que Dato se había caído, casi arrodillado, en el piso del coche, con el cuerpo reclinado en el asiento.

Con este magnicidio se pretendía encontrar el camino más rápido para cambiar la dirección del país. Se trataba de años críticos de la posguerra mundial y el ambiente político de España no se podía soportar a causa del enfrentamiento entre la patronal y las centrales sindicales. La apuesta de Dato por la mano dura contra las revueltas sociales lo convirtieron en el objetivo principal del extremismo anarquista, que se tomó la justicia por su mano en la Puerta de Alcalá y a la vista de todos.



Mausoleo de Eduardo Dato por Mariano Benlliure. Panteón de hombres Ilustres.

Un reaccionario para los anarquistas

Dato Iradier había nacido en La Coruña, en el seno de una familia con una larga tradición militar y educativa. Su padre, militar de carrera, inculcó en él valores como el servicio a la patria y la importancia de la educación. Muy joven, se trasladó a Madrid, donde estudió Derecho, destacando por su agudeza intelectual y habilidades académicas. En 1877 ya ejercía como abogado.

Tras un viaje por Europa en 1883, sintió la tentación de la política. Logró que el Partido Conservador le presentase como candidato por el distrito de Murias de Paredes (León). Mientras, la tercera guerra carlista, que tuvo lugar entre 1872 y 1876, dejó cicatrices en la sociedad española. Dato, con su enfoque pragmático y su habilidad para la diplomacia, desempeñó un papel crucial en la reconciliación entre facciones opuestas y en la restauración de la calma en el país. Su destreza en la gestión de crisis le valió el reconocimiento de sus colegas políticos y le permitió consolidar su posición como líder del Partido Liberal Conservador.

En 1892 fue designado subsecretario de Gobernación. Y dos años después, ministro. Pasó de la Alcaldía de Madrid a la Presidencia del Congreso, a la del Instituto Nacional de Previsión, y fue vocal del patronato contra la Trata de Blancas y del Consejo Penitenciario. Abogado y jurista de prestigio, en 1913 se convirtió en presidente del Consejo de Ministros por primera vez.

Llegó 1917, y después de un paréntesis liberal presidido por Romanones, Dato fue designado para formar nuevo gabinete. Alfonso XIII le dio un voto de confianza a este liberal conservador, para los anarquistas todo un reaccionario. Tres años después le designó de nuevo como jefe de Gobierno. Eran tiempos convulsos, de fuertes tensiones sociales y de sucesivos golpes terroristas.

Dato contaba con una buena reputación, era un hombre de leyes y un político capaz de introducir profundas reformas en la legislación y la política social. Su concepto de la política era esencialmente pragmático. De elegancia exquisita, distinguido en sus modales, se mostraba como un hombre decidido a hacer prevalecer sus convicciones. Perseverante en sus propósitos y arrojadizo en sus resoluciones, en 1914 mantuvo la neutralidad de España en la Primera Guerra Mundial. Dato, en calidad de presidente del Gobierno, se enfrentó a la difícil tarea de preservar la paz y la estabilidad interna mientras equilibraba las complejas relaciones exteriores.

Aunque su vida fue truncada por la violencia política, el impacto de Eduardo Dato perdura en la memoria colectiva de España. Su contribución a la política y la diplomacia sigue siendo objeto de estudio y reflexión, y su legado continúa inspirando a aquellos que buscan liderazgo y conciliación

en momentos de incertidumbre política.

5. Carrero Blanco: ¿ETA o la CIA? (1973)

Sin temor a equivocarnos, quizá se trate del golpe más atrevido que recibió la dictadura en sus cuatro décadas de duración: el entonces presidente del Gobierno, el almirante Luis Carrero Blanco (1903-1973) a quien muchos consideraban sucesor natural de Franco, cayó asesinado por una gran cantidad de explosivos en una de las primeras acciones a gran escala de la organización terrorista ETA.

El magnicidio causó una conmoción nacional e internacional por el modo en que se llevó a cabo: no solo porque se produjo en plena capital del Estado, en uno de sus barrios más selectos y afectos al régimen (Salamanca), donde los etarras lograron excavar impunemente en el subsuelo durante meses (en un sótano que alquilaron como si fuera para un escultor) e introducir una enorme cantidad de dinamita, entre cincuenta y setenta kilos, sino porque fue una acción inédita.

La autoría del asesinato resulta sorprendente: ETA era todavía un movimiento terrorista que solo había actuado en el País Vasco y cuyas siete víctimas mortales hasta entonces no ocupaban altos cargos. Pero con este asesinato logró una proyección sin precedentes hasta ese momento. La misma que, en su momento, obtuvieron Pardiñas o Angiolillo, asesinos, respectivos, de José Canalejas y Cánovas del Castillo, analizados en los epígrafes anteriores.

En la madrileña calle Claudio Coello, los etarras se dispusieron a excavar un túnel que llegaba hasta el centro de la calzada, en el que colocaron cien kilos de Goma-2. Los hechos ocurrieron a las 9:36 horas de la mañana del 20 de diciembre de 1973. A esa hora, un coche oficial Dodge del modelo 3700 GT y de color negro, trasladaba al presidente del Gobierno desde la iglesia de San Francisco de Borja, en la calle de Serrano, hasta su despacho oficial en la Castellana.

El vehículo apenas había recorrido unos metros: tras recoger a su ocupante en la puerta del templo, el chófer, José Luis Pérez Mogena, de treinta y tres años, debía buscar la calle más próxima para ir en sentido contrario al de la conocida arteria del barrio de Salamanca. Giró a la izquierda por Juan Bravo y volvió a virar, otra vez a la izquierda, para enfilar por Claudio Coello.

En el vehículo, además del presidente y el chófer, también viaja un escolta (el policía Juan Antonio Bueno Fernández). Cuando llegaron a la altura del número 104, se encontraron, curiosamente, en el lado contrario de la misma manzana en la que Carrero había asistido a misa. En ese

momento, el chófer se vio obligado a escorarse hacia el lado derecho de la calzada, ya que un coche en doble fila le dificultaba el paso. Muy cerca había dos hombres vestidos de electricistas.

Pero no desempeñaban tales oficios. Se trataba de terroristas de ETA. Estaban esperando al coche, sabían que Carrero debía llegar a esa hora, lo comprobaron hasta la saciedad semanas antes y colocaron una raya vertical de pintura roja en una pared colindante para saber cuándo el vehículo estaba justo encima de los explosivos depositados en el subsuelo.

Así fue. Se activó la carga subterránea, que estalló debajo del automóvil en el momento prefijado. Aunque el Dodge pesaba más de dos toneladas, la fuerza de la denotación lo elevó en el aire más de veinte metros hasta superar la azotea del edificio más próximo, el convento de los mismos jesuitas a quienes pertenecía la iglesia, y cayó por su patio interior, donde aterrizó.

En la calle Claudio Coello quedó como testigo mudo de los hechos un inmenso boquete que se llenó de agua hasta sumergir a uno de los coches aparcados. Los etarras sembraron la confusión y aprovecharon para salir a la cercana calle Diego de León, donde les esperaba otro terrorista con un coche en el que escaparon.

En un principio, como parte de una tradición, trataron de echar la culpa a los anarquistas, pero enseguida apareció una rama de ETA reivindicando la acción. Los terroristas mandaron una comunicación desde Burdeos a Radio París. Fue conocida como «Operación Ogro».

Carrero Blanco, el sucesor de Franco, se había convertido en objetivo claro de ETA desde que fuera elegido presidente del Gobierno. Hizo caso omiso de las advertencias y se negó a aumentar sus medidas de seguridad y a variar sus itinerarios. Una semana antes del magnicidio, el director general de la Guardia Civil, Carlos Iniesta Cano, había comunicado al teniente coronel San Martín que ETA pretendía secuestrar al presidente y tal vez a su esposa. Se lo dijeron a Carrero y parece que este no prestó la debida atención.

Hay quien se pregunta por qué el atentado no fue contra Franco, y la respuesta es clara: porque Franco sí estaba protegido. Al caudillo lo custodiaba el Regimiento de El Pardo, una compañía de la Guardia Civil con ciento cincuenta miembros y una brigada de policías. Todo coordinado por un coronel.

El atentado mortal puso punto final a los ejecutivos liderados por los tecnócratas, cambiando el protagonismo de la transición a la democracia que se estaba efectuando. Este suceso fue un trallazo directo al corazón del régimen franquista. Franco, que padecía ya la enfermedad del Parkinson, rehusó presidir el cortejo fúnebre que trasladó por las calles de Madrid el féretro de Carrero Blanco; en su lugar lo hizo el príncipe Juan Carlos. El

atentado consiguió apuntalar a los sectores más duros del régimen, que vieron en el atrevimiento de ETA una demostración de sus tesis de que las medidas aperturistas solo podían traer desastres.

El día 29, Franco nombró sucesor a Carlos Arias Navarro, por entonces ministro del Interior. La decisión causó perplejidad: como responsable de la cartera de Interior era la persona a señalar por un fallo de seguridad tan evidente como el que había permitido a unos pocos terroristas acabar con la vida del máximo responsable ejecutivo del Gobierno de España en plena capital. Los autores del atentado no llegaron a ser juzgados por estos hechos y tras la muerte de Franco se beneficiaron de la amnistía concedida en 1977.

Enigmas y controversias sobre el magnicidio

Hasta aquí la versión oficial. En 1974 se publicó el libro *Operación Ogro: cómo y por qué ejecutamos a Carrero Blanco.* El Ogro no era otro que el presidente del Gobierno, a quien los etarras denominaron así en clave por sus espesas cejas. Estaba firmado por un tal Julen Aguirre, seudónimo bajo el que se escondía un personaje que había sido clave para el éxito la acción: la catalana Genoveva Forest, hija de anarquistas y militante de los círculos de la izquierda más radical, quien habría ayudado a los etarras en la logística de su instalación en la capital de España.

El libro, donde la autora procuró incluir algunos datos inventados que dieran pistas falsas a la policía y los servicios de inteligencia para entorpecer su investigación, es la fuente de la que nacen toda una serie de enigmas y controversias sobre el magnicidio. El aspecto más llamativo que aún hoy sigue alimentando teorías es la referencia a un misterioso personaje vestido con gabardina que, en una reunión con dos etarras en la madrileña cafetería Mindanao, les habría informado de la invariable costumbre del almirante Carrero Blanco de acudir a la misa diaria matinal en el mismo templo y realizando siempre el mismo itinerario. Para ETA este dato resultaría clave, ya que desde un principio la banda había planeado materializar un secuestro, no un asesinato. La decisión de acabar con su vida vendría al comprobar este extremo.

No sabemos si el misterioso soplón existió, pero la impecable información junto a otros datos colaterales (la cercanía del lugar de los hechos a la embajada estadounidense, en la calle Serrano, y la visita a Madrid del secretario de Estado de Estados Unidos, Henry Kissinger, hasta el día anterior al atentado) han llevado a diferentes periodistas y autores a apostar por una implicación de la CIA, alentada desinteresadamente por la agencia soviética *Tass.* Se han citado muchas circunstancias que podrían haber llevado a los servicios secretos americanos a utilizar a ETA, sin que

esta lo supiera, como brazo ejecutor. Carrero Blanco, a los ojos de esta versión, era visto por los americanos como «más de lo mismo», que a la muerte de Franco sería un obstáculo para la conversión de España en una democracia homologada con las occidentales.

Junto con la CIA, se ha dicho también que dentro del régimen había sectores interesados en acabar con Carrero. No se llevaba bien con el búnker franquista, que encabezaban el falangista Girón de Velasco y la propia familia de Franco: su esposa, Carmen Polo, y su yerno, Cristóbal Martínez-Bordiú, marqués de Villaverde. Hasta el juez franquista Luis de la Torre Arredondo, uno de los encargados de la instrucción del quebradizo sumario, tiene sospechas de que había alguien más que ETA. Pensaba que a la CIA le interesaba la desaparición de Carrero. También le parecía que ETA «estaba pagada» no precisamente por comunistas.

Mientras, la ejecutiva comunista atribuyó el atentado a la CIA, como la agencia *Tass*. El antiguo agente de los servicios secretos españoles, Luis González Mata, alias «Cisne», dice que ETA preparó y ejecutó el atentado, pero contó «con elementos paraestatales» que les permitieron actuar, y la CIA, que, desde su sede junto a la embajada americana, frente a la iglesia de los jesuitas, no solo prestó cobertura, sino que reforzó la carga con explosivos muy potentes en la mina con forma de T la noche anterior a los hechos.

Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista Español, no se explicaba cómo «unos vascos, que siempre tienen cara de vascos y que generalmente llevan una boina vasca, no fueran detenidos, ni molestados, ni interrogados por la eficaz policía franquista, que nunca fallaba cuando se trataba de infiltrados comunistas».

Como en otros magnicidios anteriores, la investigación judicial quedó empantanada sin encontrar a los instigadores ni al cerebro del crimen. La Fiscalía, con solución salomónica, afirmó que no se descartaba la participación de organizaciones ajenas a ETA. El sumario arrancó tras una somera descripción de lo actuado, «con la hipótesis de que se trata de un magnicidio perfectamente estudiado y planeado». En 1975 los procesados eran dieciséis. Luego se amplió a veintiocho. Dos años después la causa pasó a ser civil y se concedió la amnistía. Así quedaron libres todos los presuntos asesinos de Carrero Blanco.

Lo cierto es que con la muerte del almirante se abrió en España una época convulsa que preocuparía mucho a Estados Unidos, y más cuando, en poco tiempo, se debía renovar el acuerdo militar que permitía el mantenimiento de sus bases militares en suelo español. La muerte de Carrero Blanco no benefició a nadie: la extrema derecha del régimen se reforzó y pidió sangre. Fruto de ello fueron el aumento de la represión y las ejecuciones de opositores entre 1974 y 1975, que no se producían desde

hacía más de una década.

Una figura controvertida en la historia de España

Nacido el 4 de marzo de 1903 en Santoña (Cantabria), Carrero Blanco ascendió a lo largo de su carrera militar hasta convertirse en el almirante más joven de la historia de España. Su papel político adquirió protagonismo durante el régimen franquista, culminando en el cargo de presidente del Gobierno en junio de 1973.

Luis Carrero Blanco inició su carrera en la Armada Española en la década de 1920, donde demostró habilidades excepcionales y una dedicación inquebrantable. Su rápido ascenso en la jerarquía naval fue notable, y en 1939, al finalizar la Guerra Civil, ya ostentaba el rango de contralmirante.

Durante la Segunda Guerra Mundial, nuestro protagonista mantuvo a España neutral, evitando la implicación directa en el conflicto global. Su papel en la marina y su capacidad para gestionar las relaciones internacionales consolidaron su reputación como un líder hábil y respetado.

Hasta la muerte de Franco en 1975, Carrero Blanco (antes de su asesinato) había emergido como un actor central en la sucesión política en España. Designado por el dictador como su sucesor, Blanco asumió la tarea de liderar el país en un momento crítico de transición. Su breve mandato como presidente estuvo marcado por la tensión política y la incertidumbre sobre el futuro de España. Se enfrentó a desafíos tanto internos como externos, incluidas presiones para llevar a cabo reformas políticas y una creciente demanda de apertura y democratización.

Su legado sigue siendo motivo de evaluaciones controvertidas y divergentes. Por un lado, algunos lo ven como un fiel seguidor de Franco, comprometido con la estabilidad y la continuidad del régimen. Su papel en la lucha anticomunista y en la preservación de la unidad de España es destacado por sus defensores. Por otro lado, sus críticos lo consideran un símbolo de un pasado autoritario y represivo. La falta de voluntad para iniciar reformas democráticas y su vinculación con un régimen que había limitado las libertades individuales generaron resistencia y descontento en sectores de la sociedad española.

Después del fallecimiento de Carrero Blanco, Adolfo Suárez asumió el cargo de presidente del Gobierno y comenzó el proceso de apertura política y democratización. Este periodo de transición, que culminó con la aprobación de la Constitución de 1978, estableció las bases para la democracia en España.

CAPÍTULO 2. INTENTOS FALLIDOS

La historia de la política española, incluso desde épocas remotas, está repleta de planes reales para atentar contra la vida de líderes políticos que fracasaron por circunstancias fortuitas. Si viajamos más de mil trescientos años en el tiempo, descubriremos la Hispania visigoda, donde el rey Wamba (633-688) se vio envuelto en una conspiración difícil de desentrañar.

Nos remontamos al año 675, cuando se convocó un concilio en Toledo para controlar el abuso del poder eclesiástico. Este, en la figura del obispo toledano Julián II, inició una conspiración para acabar con la vida del monarca. Y llegó un día en el que Wamba apareció sumido en una especie de coma que no auguraba nada bueno. Ante tal situación, el astuto obispo le rapó la coronilla y nombró fraile. Con esta acción pretendía dos cosas: una piadosa, con la que se suponía que se agilizaban los trámites celestiales de un rey al que le quedaba poca vida, y otra, la más factible, que imposibilitaba que Wamba recuperara su cetro, ya que las leyes prohibían que un fraile se convirtiera en rey. El monarca se retiró al monasterio de Monjes Negros de San Vicente, en Pampliega (Burgos), y murió allí en 688.

Por norma histórica, los intentos de magnicidio nunca han conseguido su propósito revolucionario, pero sí han propiciado algunos cambios políticos. Por ejemplo, el 18 de junio de 1790 el conde de Floridablanca (1728-1808) fue apuñalado en dos ocasiones por Juan Pablo Peret, un ciudadano de origen francés, al grito de «¡Muere, traidor!». Aunque las autoridades españolas no pudieron probar nada, a Peret se le vinculó con los clubes que apoyaban la propaganda antiespañola que emanaba desde la Francia revolucionaria.

Ateo confeso, Peret fue ahorcado dos meses después en la madrileña plaza de la Cebada, el primero en estrenarla, ya que las ejecuciones se realizaban hasta entonces en la plaza Mayor. Cuando Floridablanca se recuperó ya no fue el mismo. Fue víctima de lo que se ha denominado «pánico de Floridablanca», una especie de estado de sitio a nivel ideológico por el que se blindó a España de todo tipo de subversión a la monarquía, como así lo denominó el hispanista Richard Herr, utilizando para ello a la Inquisición.

Más actual resultó ser el atentado fallido contra el general Arsenio Martínez Campos (1831-1900), gobernador militar de Cataluña. Ocurrió el 24 de septiembre de 1893 durante un desfile militar en la Gran Vía de

Barcelona. Y con bombas de por medio.

El autor del atentado, el anarquista Paulino Pallás Latorre, o Paulí Pallàs i Latorre, lanzó dos artefactos explosivos contra las patas del caballo y el lateral del carro del capitán general al grito de «¡Viva la anarquía!», causándole heridas leves a Campos y matando al guardia civil Jaime Tous. Una vez apresado, Pallás fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento el 6 de octubre de ese mismo año.

1. En tiempos de Fernando el Católico (1492)

Durante el transcurso de la Edad Media prosiguieron los intentos de magnicidio, pero ninguno alcanzó tanta notoriedad como el que padeció el rey Fernando el Católico el 7 de diciembre de 1492 (apenas dos meses después de que Cristóbal Colón descubriese América) en la ciudad de Barcelona.

Su agresor, Juan Canyamàs (Juan de Cañamares en las crónicas castellanas), un campesino payés, abordó al monarca espada en mano y por detrás cuando este descendía por las escaleras del Palacio Real. El corte fue profundo y consiguió astillar la clavícula. La recia cadena que el rey llevaba al cuello, de la que colgaba el emblema del Toisón de Oro, desvió la hoja de su fatal trayectoria.

Estaba malherido, pero su vida no corría peligro. Aunque se llegó a decir que el rey había muerto, lo que provocó mucho revuelo en la calle. La situación no era baladí. Después del atentado, Isabel de Castilla ordenó que las galeras castellanas se arrimasen a puerto para poder embarcar rápidamente en ellas al heredero Juan de Trastámara y a las infantas si la situación derivaba en una sublevación popular.

Con el cuello ensangrentado, Fernando ordenó a sus guardias que por favor no acabaran con la vida de aquel hombre. Al tomarle declaración, Canyamàs aseguraba que Dios y el Espíritu Santo le habían dicho que matase al rey, y que él, como «hermano bastardo» y no Fernando, era el monarca legítimo. Dijo actuar en solitario y negó tener cómplices. Así lo recogió el cronista Andrés Bernáldez.

Cuando los ánimos se calmaron en la ciudad, la seo de Barcelona decidió mantenerse abierta dos semanas en continua oración y se celebraron unas cuantas procesiones por la recuperación de Fernando. Amén.

Aunque Fernando el Católico quería absolver a su atacante por estar loco, el Consejo Real de la corte actuó con rapidez, considerando que se trataba de un acto de lesa majestad y traición y tras torturarlo, le procesionaron por Barcelona «como crucificado», dice una fuente, mutilándolo en vivo ante la muchedumbre hasta que murió quemado en la

hoguera. No sin antes ser lapidado por el populacho de la ciudad.

Un monarca que marcó la historia de España

Fernando II de Aragón, conocido como Fernando el Católico, fue uno de los monarcas más destacados de la historia española. Su reinado, que abarcó desde 1479 hasta su muerte en 1516, dejó una huella indeleble en la política, la cultura y la expansión territorial de España. Desempeñó un papel esencial en la consolidación de nuestro país como una potencia europea.

Fernando el Católico ascendió al trono de Aragón en 1479 tras la muerte de su padre, Juan II. Su matrimonio con Isabel I de Castilla en 1469 consolidó la unión de ambos reinos, marcando el inicio de una etapa crucial en la historia de España. La unión de estos dos poderosos reinos sentó las bases para la formación de España como una entidad política unificada.

Uno de los episodios más destacados del reinado de Fernando fue la conquista de Granada en 1492. Este evento marcó el fin de la Reconquista, un periodo de varios siglos durante el cual los reinos cristianos lucharon para recuperar la península Ibérica de la ocupación musulmana. La caída de Granada consolidó el dominio cristiano en la región y simbolizó la culminación de años de esfuerzos por parte de los Reyes Católicos.

En el mismo año que cayó Granada, Fernando el Católico respaldó el ambicioso proyecto de Cristóbal Colón para llegar a Asia navegando hacia el oeste. El resultado fue el descubrimiento de América en 1492, un acontecimiento que transformó el curso de la historia mundial. La visión y el apoyo financiero de Fernando fueron cruciales para este viaje, que abrió una nueva era de exploración y expansión para España.



Fernando de Aragón.

A pesar de sus logros en la expansión territorial y exploración, el mandato de Fernando también estuvo marcado por eventos controvertidos. En 1478, los Reyes Católicos establecieron la Inquisición española con el objetivo de mantener la ortodoxia religiosa. Además, en 1492, emitieron el decreto de expulsión de los judíos que no se convirtieran al cristianismo. Estos eventos generaron tensiones y controversias en la sociedad española.

Fernando falleció en 1516 en Madrigalejo (Cáceres), pero su legado perduró en la historia de España. Su visión de una España unificada, su apoyo a la exploración y la expansión, así como sus decisiones polémicas, dejaron una marca indeleble en la evolución del país. La figura de Fernando el Católico sigue siendo objeto de estudio y debate entre historiadores, quienes evalúan su papel en la conformación de la España moderna.

2. Jaque a Isabel la Católica (1487)

Una de las grandes gestas militares de la historia de España fue la toma del reino de Granada en 1492 por parte de los Reyes Católicos. Pues bien. Junto a este logro, acaeció un suceso durante el transcurso de la conquista de Málaga que pudo haber dado un giro de 180 grados a nuestra historiografía. Fue el intento de asesinato de Isabel la Católica por parte de un misterioso personaje del que apenas tenemos información.

Este respondía al nombre de Ibrahim el Guerbi (por ser originario de la isla tunecina de Djerba), y era «de barba cana y desaliñada, mejilla surcada

por arrugas profundas y cuerpo extenuado», según palabras del historiador Manuel Lafuente.

Menos mal que una confusión evitó la tragedia. El Guerbi estaba considerado un mago debido a sus habilidades para predecir el futuro. En una de sus visiones decía haber tenido una revelación de manos del mismísimo Alá en la que le contaba cómo liberar la ciudad de Málaga del asedio de los cristianos.

Él, junto con su séquito de soldados, llegaron a la ciudad andaluza para enfrentarse al ejército cristiano. Y para evitar la muerte, se retiró a rezar hasta que fue detenido por uno de los jefes del ejército de los Reyes Católicos. El Guerbi le contó sus habilidades para conocer el futuro y le transmitió su deseo de ver a los monarcas para comunicarles personalmente cuando se produciría la conquista de la ciudad.

El árabe fue conducido a una tienda de campaña del campamento instalado, donde jugaban una partida de damas don Álvaro de Portugal y la camarera mayor de la reina, Beatriz de Bobadilla. Entonces, se le presentó la oportunidad ideal que estaba pergeñando. O eso pensaba. Creyó estar delante de los mismos Reyes Católicos y sin dudarlo comenzó a golpearlos y acuchillarlos con un alfanje. Los gritos de Beatriz alertaron al campamento, y algunos de los expedicionarios entraron en la tienda para reducir primero al árabe, y luego acuchillarlo hasta morir.



La reina Isabel la Católica.

Debido a este desagradable suceso y para evitar acontecimientos similares en el futuro, los monarcas se dotaron de una guardia pretoriana compuesta por más de doscientos caballeros que procedían de los reinos de Castilla y de Aragón.

La princesa que no estaba destinada a ser reina

Mujer de gran carácter que vivió en un tiempo en el que los hombres regían los designios de los reinos, Isabel I de Castilla (1451-1504) demostró ser una estratega cuando llegó al poder, a la vez que sentó las bases del Estado moderno español. Consiguió la pacificación del reino, acometer el final de la Reconquista, apadrinar la hazaña del descubrimiento de América y ayudar a su marido Fernando a doblegar a Francia en la pugna por el reino de Nápoles. La labor de Isabel fue determinante para el nacimiento del primer imperio de la Edad Moderna.

Cuando alcanzó el poder, Isabel gobernó de manera estricta su nuevo reino. Alejó a los nobles del poder, mejoró la administración de los territorios que controlaba, saneó sus finanzas e hizo mejorar la seguridad de sus súbditos con la creación de la Santa Hermandad. Mujer piadosa, quiso transmitir su profunda fe a su reino. Asimismo, Isabel, a pesar de las muchas críticas y reacciones políticas adversas de la corte y los científicos, concedió apoyo a Cristóbal Colón en la búsqueda de las Indias occidentales, lo que llevó al descubrimiento de América.

Isabel la Católica reinó durante treinta años como dueña de Castilla y veintiséis como reina consorte de Aragón al lado de su marido Fernando. En todo ese tiempo puso las bases de un reino que supuso el tránsito a la Edad Moderna.

3. Isabel II y el cura Merino (1852)

Pocos lectores podrán imaginar, creo que estarán de acuerdo conmigo, que detrás del frustrado atentado contra Isabel II (1833-1868) el 2 de febrero de 1852, estuvo un prelado. El intento de acabar con la vida de la soberana se produjo en el Palacio Real de Madrid cuando la reina de España se disponía a salir hacia la Basílica de Atocha para asistir a una solemne ceremonia de acción de gracias por el feliz nacimiento de su primogénita, la infanta Isabel y princesa de Asturias.

Embutida en un solemne traje de terciopelo verde, y mientras bajaba las escaleras, se le acercó un clérigo, el cura Martín Merino. Después de hacerle una reverencia para entregarle un pergamino, de inmediato sacó de

la sotana un cuchillo, que clavó en el costado de la reina. Isabel II se desplomó con su hija en brazos. La herida no fue mortal debido al fuerte corsé que llevaba nuestra protagonista que ejerció como coraza.

El clérigo fue atrapado por los alabarderos y no consiguió salirse con la suya. Condenado a garrote vil, antes tuvo que padecer la vergüenza de aguantar una denigrante ceremonia de excomulgación con la finalidad de que el agresor perdiera totalmente su condición sagrada: corte de pelo y coronilla, raspado de yema de los dedos…

Y es que de casta le viene al galgo. Merino no fue un cura típico. Rebelde seminarista, devoraba lecturas impías y pornográficas, según nos cuentan las fuentes. Enamorado en su juventud, ya había mostrado su antipatía contra los Borbones cuando se había lanzado contra el coche de Fernando VII (padre de Isabel II) al grito de «¡Abajo los perjuros!».

Entre la polémica y la modernización

Isabel II ascendió al trono español a una edad temprana (tres años) tras la muerte de su padre, enfrentándose a un reinado marcado por la intriga política, la inestabilidad y los desafíos en medio de un contexto histórico convulso. Este acontecimiento inició un periodo de regencia que estuvo plagado de conflictos dinásticos y luchas por el poder, dando inicio a una etapa turbulenta en la historia española conocida como la primera guerra carlista.

El reinado de Isabel II estuvo marcado por la inestabilidad política y la lucha constante por el poder. Enfrentó desafíos tanto internos como externos, incluida la amenaza de las facciones carlistas que buscaban poner en cuestión la legitimidad de su reinado. Además, las tensiones políticas internas llevaron a frecuentes cambios de Gobierno y a una serie de conflictos que afectaron la estabilidad del país.

A pesar de los desafíos políticos, el reinado de Isabel II también presenció esfuerzos significativos hacia la modernización de España. Se implementaron reformas económicas y sociales, y se promulgó una nueva constitución en 1837. Estos intentos de renovación, sin embargo, no estuvieron exentos de controversias y enfrentamientos con fuerzas conservadoras que se resistían a los cambios.

La vida personal de Isabel II estuvo marcada por escándalos y controversias que contribuyeron a socavar su imagen pública. Su matrimonio con Francisco de Asís de Borbón no fue bien recibido, y los rumores sobre su vida amorosa y la paternidad de sus hijos generaron polémica. Estos aspectos personales contribuyeron a la creciente impopularidad de la monarca.

La inestabilidad política y los problemas personales finalmente llevaron al exilio de Isabel II en 1868. Tras su partida, se estableció la Primera República española, marcando el fin de la monarquía en España por un breve periodo. La monarca vivió el resto de su vida en el exilio, enfrentándose a las consecuencias de las decisiones y eventos que marcaron su reinado. El legado de Isabel II es complejo y objeto de debate entre historiadores. Aunque su reinado estuvo plagado de conflictos y escándalos, también presenció intentos significativos de modernización. Su contribución a la historia de España es un recordatorio de los desafíos inherentes a liderar en tiempos tumultuosos y de la complejidad de equilibrar tradición y cambio.

4. Amadeo I de Saboya: un rey sin miedo (1872)

En la segunda mitad del siglo XIX aún hubo algún otro intento de magnicidio en nuestro país. E incluso, siguiendo patrones de otros crímenes que sí habían funcionado. El caso más relevante es el atentado sufrido por Amadeo I de Saboya (1845-1890) el 18 de julio de 1872 a su regreso de un habitual paseo por el Retiro madrileño.

El efímero rey que tuvo España (apenas permaneció dos años en el trono) volvía con su esposa a palacio y en la calle Arenal se encontró con unos individuos que tirotearon con trabucos su coche de caballos, que iba descubierto. Estaba acompañado de su mujer María Victoria mientras pasaban por la iglesia de San Ginés de Arlés. En el último instante, los asaltantes salieron de la calleja de Bordadores que baja de la calle Mayor. Unas fuentes dijeron que no hubo heridos, otras que fue asesinado un policía y otras, que murió uno de los caballos.

Parece ser que desde la Corte intentaron persuadir al rey para que no saliera, había rumores de atentado, pero el monarca no hizo caso. Su comentario fue: «Si tuviese que hacer caso a todas las amenazas, no podría salir y ya me habrían matado al menos una docena de veces. No quiero que el pueblo diga que el rey se encierra en su palacio porque tiene miedo».

No es difícil sospechar que siguiendo el mismo *modus operandi* que el atentado de Prim, los autores fuesen los mismos. Es decir, unos todavía incógnitos magnicidas de nuestra historia. Los reyes salieron ilesos. Amadeo tenía treinta y un años.

El monarca prosiguió su camino y telegrafió a su padre, a la 1:24 de la noche: «Comunico a Vuestra Majestad que esta noche hemos sido objeto de un atentado. Gracias a Dios estamos a salvo». Al día siguiente fue al lugar de los hechos, lo inspeccionó, los transeúntes lo aplaudieron y vitorearon, ganó popularidad, pero todo fue pasajero. Se condenó el atentado desde todas las

instancias y el rey llego a decir: «Cada día tendríamos que sufrir un atentado para ver esto».

Un efímero mandato

El reinado de Amadeo de Saboya, breve pero lleno de desafíos, dejó un impacto duradero en la memoria histórica de España. El protagonista de este epígrafe nació en Turín (Italia) como hijo del rey Víctor Manuel II. Su conexión con la Casa de Saboya le otorgó un linaje real que eventualmente le llevaría al trono español. En 1870, tras el destronamiento de Isabel II, Amadeo fue escogido como rey de España, un intento de establecer una monarquía constitucional en un periodo caracterizado por la inestabilidad política.

Desde el principio, el reinado de Amadeo I estuvo marcado por una serie de desafíos significativos. Asumió el trono en medio de tensiones políticas y sociales, con diversas facciones que disputaban el poder y una creciente agitación republicana. Su llegada a España fue recibida con cierto escepticismo y resistencia por parte de diferentes sectores de la sociedad.

A pesar de los desafíos, Amadeo I se esforzó por desempeñar un papel conciliador. Buscó reconciliar las facciones políticas en conflicto y promover reformas para modernizar el país. Sin embargo, sus intentos de mediación se vieron obstaculizados por la persistente inestabilidad política y las tensiones internas que caracterizaban a la España de la época.

A medida que avanzaba su reinado, Amadeo I se encontró enfrentando una creciente impopularidad y descontento. La situación política era cada vez más insostenible, y las expectativas de estabilidad y reconciliación parecían cada vez más distantes. En 1873, en medio de un clima de agitación política y social, Amadeo I tomó la decisión sorprendente de abdicar, poniendo fin a su breve reinado de dos años.

Después de su abdicación, Amadeo I regresó a Italia y llevó una vida más discreta. Sin embargo, su tiempo en España no fue olvidado, y a lo largo de los años se ha reconocido su intento de contribuir a la estabilidad y modernización del país en un momento de profunda turbulencia.



Amadeo de Saboya en el Museo de Cera de Madrid.

5. La sombra alargada del anarquismo: Antonio Maura (1904 y 1910)

De nuevo el anarquismo quiso hacer de las suyas. Y en Barcelona, una de las capitales mundiales del terrorismo. En esta ocasión, nuestro protagonista padeció la ira de los magnicidas hasta en dos ocasiones, sin resultado de muerte. Y al poco de jurar el cargo. Por fortuna. El primero de los atentados tuvo lugar el 12 de abril de 1904. Junto al rey Alfonso XIII, el presidente del Consejo de Ministros, Antonio Maura, iba en un coche descubierto. Frente a la iglesia de la Mercè, el anarquista Joaquín Miguel Artal, que portaba un sobre en la mano, subió al vehículo, sacó un puñal y se lo clavó a Maura en el costado izquierdo. Menos mal que el arma no penetró del todo en su cuerpo, y le produjo solamente heridas superficiales. Los pliegues que desplegaba el traje de uniforme impidieron que el puñal penetrara más a fondo, y por fortuna todo quedó en una herida. El anarquista huyó gritando: «¡Viva la anarquía!», y fue detenido poco después, cuando intentaba escabullirse entre la multitud.

El presidente del Gobierno fue atendido inmediatamente por el médico personal del monarca, José Alabern Raspall que iba en el séquito, y que le tranquilizó al comprobar que la herida no era mortal. En efecto, Maura se

repuso a los pocos días. Había pasado menos de una semana desde su nombramiento y este se convertía en el que iba a ser primer atentado contra su persona.

El homicida señaló que su acto obedeció al deseo de vengar los sucesos acaecidos el 1 de agosto del año anterior en la localidad gaditana de Alcalá del Valle. Allí había tenido lugar una importante revuelta de campesinos que finalizó con la quema de edificios, entre ellos el del ayuntamiento, y la muerte en enfrentamiento con la Guardia Civil de un joven de quince años, además de producirse numerosas detenciones.

El segundo intento fallido de magnicidio también acaeció en la Ciudad Condal seis años después. En esta ocasión fueron tres disparos descerrajados a quemarropa por parte del socialista Manuel Posa Roca, cuando el político se encontraba en la estación de Francia con rumbo a Palma de Mallorca, de donde era originario. Maura fue alcanzado en el brazo derecho y en el muslo izquierdo.

En esta ocasión, el atentado vino precedido de una amenaza, nada velada, vertida en el Congreso de los Diputados por el líder del Partido Socialista Obrero Español, Pablo Iglesias Posse, de cuyo discurso destaco algunas frases demoledoras: «Tal ha sido la indignación producida por la política del gobierno presidido por el señor Maura, que los elementos proletarios, nosotros, de quien se dice que no estimamos los intereses de nuestro país, amándolo de veras, sintiendo las desdichas de todos, hemos llegado al extremo de considerar que antes de que Su Señoría suba al poder debemos llegar al atentado personal». Toda una declaración de intenciones. Que cada lector que esté leyendo estas líneas que extraiga sus propias conclusiones. La condena que tuvo el frustrado asesino se concretó en tres años, siete meses y trece días de prisión.

Cinco veces presidente

Antonio Maura y Montaner (1853-1925), una figura prominente en la política española de finales del siglo XIX y principios del XX, desempeñó un papel clave en la historia de España como político y estadista. Nacido en Palma de Mallorca, Maura dejó un legado duradero a través de sus múltiples mandatos como presidente del Gobierno hasta en cinco ocasiones (entre 1903 y 1904, entre 1907 y 1909, en 1918, en 1919 y entre 1921 y 1922), así como su impacto en la política y la sociedad españolas.

Antonio Maura provenía de una familia influyente y tenía antecedentes en la abogacía. Estudió Derecho en la Universidad Central de Madrid, donde comenzó a mostrar un interés temprano en la política. Su carrera en este campo se inició en su juventud, ingresando en el Partido Liberal, y

pronto se destacó como un político talentoso y ambicioso. Su ascenso fue fulgurante. A finales del siglo XIX se convirtió en ministro de Ultramar y más tarde de la Gobernación. Durante su mandato en estos cargos, Maura demostró su habilidad para abordar cuestiones coloniales y gestionar asuntos internos, ganándose el respeto de sus colegas y del rey Alfonso XIII.

Nuestro protagonista ocupó la presidencia del Gobierno en cinco ocasiones a lo largo de su carrera política, un logro significativo que subraya su importancia en la política española. Su primer mandato se produjo en 1903, marcando el inicio de una serie de presidencias intercaladas con otras figuras políticas de la época. Sus sucesivas legislaturas le permitieron abordar una variedad de cuestiones políticas, económicas y sociales a las que se enfrentaba España en ese momento.

Maura abogó por una serie de reformas durante su tiempo en el poder. Se centró en cuestiones como la educación, la legislación laboral y la modernización del país. Mientras duró su mandato, se promulgaron leyes que afectaban la administración local y regional, así como reformas en la justicia y el sistema electoral. A pesar de sus logros, la carrera política de Antonio Maura estuvo marcada por enfrentamientos internos en el seno de su propio partido y con otras facciones políticas. Sus posiciones conservadoras y su estilo de liderazgo firme generaron tensiones y rivalidades dentro del contexto político de la época.

También enfrentó desafíos en el ámbito internacional, en especial en relación con las colonias españolas. Su perspectiva conservadora y sus esfuerzos por mantener la integridad del imperio colonial se encontraron con críticas y desafíos, y sus decisiones en estas cuestiones contribuyeron a la polarización política.

La relación entre Maura y Alfonso XIII fue compleja y fluctuante a lo largo de los años. Aunque inicialmente contó con el respaldo del monarca, las tensiones políticas y las luchas internas llevaron a momentos de distanciamiento. La relación entre Maura y el rey desempeñó un papel crucial en la política española de la época. La vida política de Maura llegó a su fin con el advenimiento de la Primera Guerra Mundial y los cambios políticos subsiguientes en España. Se retiró de la vida pública, pero su influencia persistió. Su legado se ve reflejado en sus esfuerzos por modernizar España y abordar los desafíos de su tiempo. Antonio Maura falleció el 13 de diciembre de 1925, pero su impacto en la política española perduró. Su legado ha sido objeto de análisis y debate, ya que algunos lo ven como un visionario que buscaba modernizar España, mientras que otros critican su estilo político y las tensiones que caracterizaron su tiempo en el poder.

6. Padre e hijo: Miguel (1926) y José Antonio Primo de Rivera (1934)

De un convulso siglo XIX se pasó a un siglo XX no menos intranquilo que también presenció intentos de magnicidio impactantes contra los políticos que dirigían nuestro país u ocupaban parcelas importantes de poder. Por ejemplo, el 31 de julio de 1926, en Barcelona, se produjo un frustrado atentado contra el general Miguel Primo de Rivera, dictador que se instauró en el Gobierno de España mediante un golpe militar en 1923.

Un tal Domingo Masachs Torrent, de treinta y cuatro años, jornalero y anarquista, había afilado un cuchillo lustroso con el que quiso dar la bienvenida a Primo de Rivera en su visita a la Ciudad Condal. Cuando el auto en que circulaba el dictador redujo la velocidad para doblar una esquina, el cuchillo se precipitó, rozó la oreja izquierda del militar y penetró cinco centímetros en la tapicería del vehículo… Primo de Rivera no perdió los nervios y extrajo tranquilamente el cuchillo de donde temblaba, se lo guardó en el bolsillo e indicó a su chófer que siguiera conduciendo. Mientras el homicida gritaba: «¡Abajo, tirano!», un coche del servicio secreto se abalanzó sobre él, le atropelló y le rompió una pierna. Trasladado al Hospital Clínic, Masachs fue interrogado por un juez militar, quien le notificó que sería juzgado por la jurisdicción civil, pese a las objeciones del reo, que quería ser juzgado por la jurisdicción militar. Masachs se ratificó en su deseo de asesinar al dictador y fue condenado finalmente a diez años de cárcel.

Dictador en una época convulsa

Miguel Primo de Rivera, militar y político español, desempeñó un papel crucial en un periodo turbulento de la historia de España durante la primera mitad del siglo XX. Nacido en 1870, nuestro protagonista provenía de una familia con una rica tradición militar. Precisamente, su carrera militar se destacó durante la guerra de Marruecos, donde alcanzó la cima de su fama.

En septiembre de 1923, Primo de Rivera dio un paso audaz al liderar un golpe de Estado que derrocó al Gobierno de la monarquía constitucional en España. Nombrándose a sí mismo como primer ministro, estableció una dictadura con el objetivo de restablecer el orden y revitalizar la nación. Su Gobierno fue conocido como la «Dictadura de Primo de Rivera» y duró siete años. Uno de los aspectos más notables de su régimen fue el establecimiento de un sistema corporativo, conocido como el Directorio Militar. Este sistema buscaba reconciliar los conflictos sociales al reunir a representantes de distintos sectores en un organismo consultivo. Aunque

esta medida intentaba modernizar el país, fue objeto de críticas y tensiones internas.

Primo de Rivera también implementó reformas económicas y de infraestructuras para mejorar la situación del país. Su gobierno se centró en la construcción de carreteras, ferrocarriles y otras obras públicas. Sin embargo, estas acciones no fueron suficientes para contrarrestar las crecientes tensiones políticas y económicas.

El final del mandato de Primo de Rivera llegó en 1930, cuando las dificultades económicas y la presión política lo obligaron a renunciar. La monarquía también estaba en declive, y su sucesor, Alfonso XIII, se vio obligado a abandonar el trono en 1931, dando paso a la Segunda República española. El legado de Primo de Rivera es complejo y controvertido. Mientras algunos lo ven como un líder que intentó modernizar y estabilizar España, otros lo critican por su autoritarismo y las violaciones a los derechos civiles.

Sacó su pistola para defenderse

Mientras, el hijo de Miguel, José Antonio Primo de Rivera, líder de la Falange, sufrió asimismo varios atentados contra su vida. Está documentado uno en noviembre de 1933 en un mitin en Cádiz, y otro el 10 de abril de 1934, cuando tirotearon su coche en Madrid. Nos detenemos en este último.

Al salir de un juicio contra un miembro de las JSU (Juventudes Socialistas Unificadas) apellidado García Guerra, acusado de asesinar a un afiliado a Falange Española y en el que salió absuelto por falta de pruebas, Primo de Rivera subió a su vehículo junto a otros compañeros y se puso en marcha por la calle Blasco Ibáñez (actual calle de la Princesa), hacia el centro de la capital.

Al pasar por delante de la confluencia de las calles de Altamirano con Benito Gutiérrez, un grupo de izquierdistas, que estaban emboscados, esperándolo, arrojaron al paso del coche dos petardos, efectuando además contra nuestro protagonista varios disparos.

José Antonio, que conducía, frenó el vehículo en seco y se apeó pistola en mano, con la que efectuó varios disparos contra los huidos, quienes también respondieron con disparos, alcanzando varios de ellos la parte trasera del vehículo de nuestro protagonista. Huyeron como pudieron.

Tras la persecución fallida, José Antonio y sus acompañantes regresaron al vehículo, que de nuevo se puso en marcha, en dirección a su despacho. Rivera seguiría su jornada de trabajo con normalidad. Luego comentaría: «La parte posterior del automóvil que conducía, presenta visiblemente tres

impactos de tiros de pistola, que de haber hecho blanco en nosotros nos hubiesen herido por la espalda». Para añadir: «Son gajes del oficio de falangista, ya me acertarán de lleno alguna vez».

Llegó 1936, y durante el comienzo de la guerra civil española, José Antonio Primo de Rivera encontró su trágico destino: fue ejecutado en Alicante por las fuerzas republicanas tras un controvertido proceso judicial, en el que había sido acusado de rebelión militar. Su muerte simbolizó el enfrentamiento ideológico y político que caracterizó la contienda, dejando una brecha profunda entre las facciones enfrentadas. Había sido arrestado en marzo de 1936 bajo cargos de conspiración contra el Gobierno republicano.

Nacionalista y autoritario

La vida de José Antonio Primo de Rivera estuvo marcada por una profunda influencia familiar y militar. Al igual que su padre, José Antonio eligió una carrera en la política, pero su enfoque y filosofía diferían significativamente. Atraído por los modelos de Adolf Hitler, en Alemania, y Benito Mussolini, en Italia, fundó Falange Española, un partido político con ideología fascista, por lo que José Antonio Primo de Rivera se convirtió en una figura central en la política española de la década de 1930. Su movimiento político buscaba una síntesis de ideales tanto de derecha como de izquierda. Enfatizaba la unidad nacional, la justicia social y la oposición al liberalismo y al comunismo.

Aunque la Falange Española no logró un apoyo masivo en sus primeros años, captó la atención de aquellos que estaban desencantados con el sistema político de la Segunda República española. En su determinación de luchar contra la izquierda y nacionalismos regionales, tras perder los comicios, los falangistas coquetearon con el pistolerismo y a conspirar contra la República.

La retórica de José Antonio Primo de Rivera resonó en un contexto de agitación política y social, ofreciendo una alternativa atractiva para algunos sectores de la sociedad. El liderazgo de nuestro protagonista no estuvo exento de controversias. Su postura nacionalista y autoritaria generó críticas, en especial por la violencia política asociada con la Falange.

Este partido fue declarado ilegal en 1936, Primo de Rivera encarcelado y cinco meses después, los generales Emilio Mola y Francisco Franco encabezaron el golpe de Estado, que dio comienzo a la guerra civil española. El Gobierno de la República decidió trasladar a José Antonio a la cárcel de Alicante, donde un tribunal popular lo condenó a muerte y fue fusilado el 20 de noviembre de 1936. El atentado contra José Antonio Primo

de Rivera dejó un legado complejo. Para algunos, fue un mártir de la causa falangista, mientras que para otros, fue un representante de una ideología autoritaria y represiva. Tras la muerte de Primo de Rivera, la Falange Española se integró en el bando franquista, liderado por Franco. Este evento marcó el comienzo de una alianza entre el falangismo y el franquismo, que moldearía la España de posguerra.





José Antonio y Miguel Primo de Rivera.

CAPÍTULO 3. LOS REGICIDIOS FRUSTRADOS CONTRA LOS BORBONES

Una de las figuras más singulares de la historia del Derecho penal o criminal es la del regicidio, el atentado contra la vida del rey, su asesinato, bien efectivo o en grado de tentativa. Fueron muchos los atentados inspirados por el anarquismo en los últimos años del siglo XIX y a lo largo de las primeras décadas del XX. El anarquismo es una doctrina política que pretende la desaparición del Estado y de sus organismos e instituciones representativas, y defiende la libertad del individuo por encima de cualquier autoridad. Un movimiento que además de político, también fue revolucionario en las calles y, en muchas ocasiones, violento, esgrimiendo el arma del terrorismo.

En octubre de 1878 se produjo el que está considerado como primer atentado con firma anarquista en España. La rama más radical de esta ideología a nivel europeo había considerado el magnicidio como una forma de provocar la revolución que creían necesaria. Y después de la repercusión propagandística que tuvieron los dos ataques fallidos contra el rey de Prusia y emperador de Alemania, Guillermo I, entre ciertas figuras anarquistas españolas se empezó a gestar la oportunidad de imitarlo en España. Y ¿por qué no? Alfonso XII sufrió dos tentativas con apenas un año de diferencia. Los autores, de poca experiencia en ambos casos, le dispararon sin acertar. Fueron detenidos y ejecutados en el garrote vil. Contra su sucesor, Alfonso XIII, también hubo dos atentados: el primero, en París, sin víctimas. La fortuna volvió a sonreírle un año después cuando otra bomba lanzada el día de su boda se desvió accidentalmente.

1. Alfonso XII: objetivo del anarquismo (1878 y 1879)

Nuestro país vivía un cierto momento de estabilidad política tras la restauración de la monarquía borbónica en 1874, después del intento fallido de la Primera República un año antes. El nombre del periodo alude a la «recuperación» del trono por parte de un miembro de la Casa de Borbón, Alfonso XII, después del paréntesis del Sexenio Democrático (1868-1874). Pese a que el nuevo régimen político (fundamentado en la Constitución de

1876) se caracterizó por una estabilidad institucional y la construcción de un modelo liberal de Estado, esta presupuesta «tranquilidad» no conseguía calmar a una sociedad española donde la diferencia entre clases, sobre todo a nivel económico, era más que notoria.



Simbolo del anarquismo.

Pero pongámonos en situación. Con la máquina del tiempo viajamos hasta el 25 de septiembre de 1878, cuando regresaba el joven monarca español, Alfonso XII, de apenas veinte años, al Palacio Real de Madrid, después de haber estado revisando la situación en el norte de la Península, dos años después de haber concluido la tercera guerra carlista. Cabalgaba junto a su séquito, ya muy próximo a su destino, por la calle Mayor, ante una multitud enfervorecida que lanzaba vítores a la comitiva del rey.

Y escondido entre esa multitud, a la altura del número 93 de la citada vía, frente a la antigua Farmacia de la Reina Madre, se encontraba Joan Oliva Moncusí, un joven tonelero catalán, hijo de unos agricultores adinerados que se acercó al mundo obrero. Cuando la comitiva pasó a la altura de donde él se hallaba, disparó hasta tres veces con su pistola contra Alfonso XII. Pero su nulo entrenamiento previo, la tensión que acumulaba y su escasa pericia le hicieron errar los tiros. Ninguno de ellos impactó contra el monarca y, además, nadie resultó herido. De inmediato fue detenido y luego ajusticiado por garrote vil tras su traslado desde la cárcel del Saladero en el Campo de Guardias de Chamberí. Un suceso que tuvo escasa repercusión entre el pueblo.

Los periódicos *L'Avant-Garde* y *Le Revolte* (de ideología anarquista) se hicieron eco del suceso: alabaron la valentía de Oliva y su «gran servicio a la revolución», además de publicar una nota de un grupo de anarquistas españoles en apoyo del atentado, como no podía ser menos. Buscaban fomentar la creación de un vacío de poder que propiciara un alzamiento

republicano (ya que el rey carecía de heredero), y que los anarquistas tratarían de conducir hacia la revolución social. Se llegó a especular con que formaría parte de un complot con participación de elementos republicanos, internacionalistas y carlistas, con ramificaciones fuera de España, para derribar la monarquía alfonsina.

El juez que dictó sentencia contra Moncusí, Francisco Molina, calificó el acto como delito frustrado de lesa majestad contra la vida del rey, con las circunstancias agravantes de alevosía y premeditación. Además, concretó en sus argumentos que el arma empleada en el intento de regicidio habría sido una «pistola del sistema Lafaucheux con cápsulas de bala de 12 milímetros de calibre». Oliva confesó en el juicio que era republicano federal, que el atentado no se lo había comunicado a nadie y que fue hecho por propia voluntad, no por resquemor hacia la persona del rey, sino por la tiranía que representaba.

Por su parte, el literato español Benito Pérez Galdós, en su episodio nacional *Cánovas,* narra el acontecimiento a su manera, en su peculiar estilo:

> El 25 de octubre regresó el rey Alfonso de un viaje que hizo a las provincias del Centro, y al pasar en coche por la calle Mayor, cerca ya de los Consejos, un jovenzuelo disparó contra él dos pistoletazos, sin causarle daño alguno. El agresor, detenido al instante, se llamaba Juan Oliva Moncusi, era natural de Cabra (Zaragoza), y según dijo, estaba afiliado a la Internacional. La emoción de este suceso no duró mucho. El tal Oliva era indudablemente un fanático; pero con menos visos de locura que de tontería. Según mi leal entender, en aquella época de una insipidez mal azucarada, hasta el regicidio era tonto, desaborido y sin picante. Del desdichado Oliva se habló un poco en aquellos días, y otro poco cuando le dieron garrote en Enero del año próximo.

Con el paso de los días, Alfonso XII, mostrando buena voluntad, recibió en audiencia particular al abogado defensor de Oliva, Jiménez del Cerro, quien le pidió la conmutación de la pena de muerte. El rey les prometió que solicitaría el indulto al presidente del Consejo de Ministros, por aquel entonces, Antonio Cánovas del Castillo. Pero Oliva rechazó cualquier intento de petición de benevolencia. Asumía plenamente los hechos. El monarca, según contó Práxedes Mateo Sagasta en las Cortes, se ocupó de conceder una pensión vitalicia, de su propio bolsillo, a la hija del reo de muerte.

Un panadero sin objetivo a la vista

Este intento de atentado anarquista abrió la caja de Pandora. Dio inicio a un tipo de terrorismo en el que las bombas indiscriminadas para acabar con reyes o primeros ministros dejaron centenares de muertos colaterales en calles, teatros y espacios y ocasiones con mucha afluencia de público.

Tan solo pasaría un año, pero ya en el mes de diciembre, para que el mismo Alfonso XII se convirtiera de nuevo en protagonista involuntario de otro atentado por parte de sus archienemigos connaturales: los anarquistas, verdaderos monopolizadores de la violencia terrorista de aquel periodo. Sería de nuevo otro jornalero, en este caso el joven panadero de diecinueve años y oriundo de una aldea de Lugo, Francisco Otero González, el perpetrador del intento de magnicidio.

Al regreso de un paseo en carruaje del monarca por el madrileño parque del Retiro y cuando ya entraba este con su séquito al Palacio de Oriente, el anarquista disparó casi a quemarropa, a menos de dos metros, contra el rey, fallando estrepitosamente el tiro. La reina, al oír el primer tiro, se abrazó a su esposo, intentando protegerlo. El monarca tuvo mucha suerte, pues la bala no le alcanzó de milagro en la cabeza. Nadie resultó herido y ni siquiera las balas rozaron el carruaje.

Otero tiró el arma y echó a correr calle abajo por la calle Bailén, donde no tardó en ser apresado y en ser culpado, de nuevo, el anarquismo, de inspirar el intento de regicidio. Pero la motivación del ataque no quedaba clara. Más que nada, porque el mismo Otero declaró durante el juicio que su intención no era acabar con la vida del monarca, sino llamar la atención mediante una acción espectacular y ser abatido por los guardias reales. El 10 de febrero de 1880 se publicó en *El Liberal* la sentencia que condenaba a Francisco Otero González a la pena de muerte en garrote vil.



Alfonso XII.

José Francos Rodríguez, además de ilustre periodista y político, fue también alcalde de Madrid. En una de sus crónicas escribió:

> Turbó el contento de los Madriles en el mes de abril del año 80 la ejecución del regicida Otero, que disparó contra Don Alfonso XII cuando iba guiando un carruaje. A decir verdad, no fueron muy vehementes las peticiones de indulto. El Gobierno se negó a atenderlas y España entera execró el hecho realizado al concluir el año 1879 contra un monarca que por su talento, por su nobleza y por su simpático proceder iba ganándose el cariño de toda la Nación. Coincidiendo con el citado ajusticiamiento continuó D. José María Esquerdo una serie de conferencias acerca de 'Locos que no lo parecen'. En estos discursos, iniciados cuando los horrendos crímenes del 'Sacamantecas', en Vitoria, el ilustre frenópata, adelantándose en España a criterios hoy muy extendidos, estudiaba como manifestaciones morbosas algunas apreciadas por los tribunales como ubérrimamente delictivas.

Consolidación en la España de la Restauración

Alfonso XII había nacido el 28 de noviembre de 1857 y ascendió al trono español (1874) después de un periodo turbulento de conflictos políticos y sociales que llevaron a la restauración de la monarquía. Su matrimonio en 1878 con María de las Mercedes de Orleans fue un evento significativo, aunque ella murió poco después, dejando a Alfonso XII viudo. Con posterioridad, contrajo matrimonio con María Cristina de Habsburgo-Lorena, con quien tuvo dos hijos, incluido el futuro rey Alfonso XIII.

Durante su reinado, se promulgó la Constitución de 1876, que estableció las bases para una monarquía parlamentaria y limitó el poder del monarca. Se llevaron a cabo reformas en diversos sectores, desde la infraestructura hasta la educación. La estabilización política permitió la atracción de inversiones y la mejora de las condiciones económicas, sentando las bases para un crecimiento sostenido.

A pesar de los esfuerzos por consolidar la monarquía, el reinado de Alfonso XII no estuvo exento de desafíos. Tensiones políticas, sociales y regionales persistieron, reflejando la complejidad de la situación española. Los conflictos entre monárquicos y republicanos, así como las tensiones territoriales, fueron temas recurrentes que marcaron su estancia en el poder.

La muerte prematura de Alfonso XII en 1885, a los veintisiete años, dejó a su esposa María Cristina como regente para su hijo, que en ese momento era un niño. El periodo de regencia de la reina y los primeros años de mandato de Alfonso XIII fueron marcados por desafíos políticos, sociales y económicos en España.

2. Alfonso XIII: entre bombas anda el juego (1905 y 1906)

El sucesor en el trono de España también sufrió varios atentados fallidos contra su persona. En la actualidad, el bisnieto de Alfonso XIII, Felipe VI, no sería el actual rey de nuestro país si el monarca nacido en 1886 y su esposa no hubieran salido con vida después del célebre regicidio sufrido en 1906.

Pero vayamos por partes, como dijo aquel. El 31 de mayo de 1905 tuvo lugar en París, a la salida del Teatro de la Ópera, la primera agresión seria, cuando Jesús Navarro Botella, un joven español de veintitrés años de Torrevieja y maestro de formación, arrojó una bomba Orsini de fabricación casera desde un balcón contra el carruaje de Alfonso XIII y el presidente de Francia, *monsieur* Loubet, que circulaba por la avenida de la Ópera. Para que luego digan que los jóvenes de ahora son conflictivos. Ambos resultaron ilesos porque la bomba cayó sobre un cable del tendido de los tranvías eléctricos, lo que lo desvió de su dirección, aunque la metralla impactó con fuerza contra la puerta del carruaje. Pero sí resultaron heridas diecisiete personas. El rey, cuando escuchó la detonación, de inmediato se puso en pie y lanzó vivas a Francia, hecho por el cual gozó de la ovación de los allí presentes.

La policía gala ya estaba avisada de antemano por sus colegas españoles de que se estaba gestando un atentado contra Alfonso XIII y vigiló estrechamente a los anarquistas más significativos residentes en París, deteniendo a algunos de los implicados en el complot. Los que quedaron libres se encargaron de realizar el atentado burlando la vigilancia de los agentes.

En el proceso incoado con motivo de aquel atentado, el Tribunal de la Seine galo, influenciado por la campaña de agitación que hicieron los camaradas del preso, le absolvió. Tras un forzoso exilio en Sudamérica, Jesús Navarro Botella regresó a París, trabajando en el mundo editorial y progresivamente alejado de su anarquismo juvenil.

¿Cuestión de gónadas?

Pero el ataque más recordado sería el que padecería a manos del joven anarquista catalán Mateo Morral justo un año después. El 31 de mayo de 1906, el día de la boda del monarca con Victoria Eugenia de Battenberg y mientras ambos se dirigían en carruaje a la iglesia de los Jerónimos, el homicida les lanzó, desde el balcón de la pensión donde se alojaba, una bomba escondida en un ramo de flores, que provocó la muerte de 28

personas y más de un centenar de heridos en la calle Mayor de Madrid tras errar de su objetivo e impactar en el suelo. Alfonso XIII y su esposa resultarían ilesos, indemnes, sin sufrir ni una herida, y tras el atentado, dicen que su majestad tuvo la entereza de explicar la tragedia con ya célebre frase: «Gajes del oficio». Es más, también añadió con ingenio: «Pocos podrán decir lo que yo: que se han casado el mismo día en que han nacido». Porque realmente fue un milagro que tanto él como doña Victoria Eugenia escaparan de la explosión sin sufrir un rasguño.

Los efectos de la explosión se dejaron sentir en un radio de acción de casi cien metros. Murieron, incluso, espectadores (como le ocurrió a una marquesa) situados en balcones alejados cuarenta o cincuenta metros del lugar donde estalló el artefacto.

El asesino Morral cruzó Madrid de parte a parte con ausencia de la autoridad y solo su torpeza salvó al rey de morir hecho pedazos. Y aparte de su inexactitud, el tamaño de sus gónadas. Así lo apunta una sorprendente teoría del criminólogo Francisco Pérez Abellán.

Según él, el autor del atentado contra Alfonso XIII padecía una orquitis (inflamación de los testículos que le obligaba a llevar un suspensorio), lo que le hizo perder el equilibrio y la puntería cuando quiso apoyarse sobre el balcón de la pensión donde se alojaba para lanzar el artefacto explosivo. La bomba no se desviaría en su descenso al chocar con el cable del tranvía o la pancarta que felicitaba a los reyes, sino que Morral intentó elevar el artefacto sobre su cabeza para tomar impulso, pero solo consiguió volcarse peligrosamente cuando su sufrido escroto padeció la compresión contra los barrotes del balcón.

Sea cierta o no esta hipótesis, lo que sí está envuelto en el misterio es la muerte del propio Morral. Una vez que lanzó la bomba, huyó corriendo, zafándose de la multitud que huía aterrorizada. Llegó hasta la redacción del periódico anarquista *El motín,* donde se reunió con su director, José Naskens, quien lo alojaría aquella noche.

De Madrid escaparía hasta la vecina localidad de Torrejón de Ardoz, para alojarse en una fonda, donde resultó reconocido. La Guardia Civil acudió a detenerlo sin que opusiera resistencia alguna, pero cuando era custodiado por uno de los guardias, Morral sacó una pistola modelo Browning para disparar primero a uno de los agentes y a continuación hacerlo en su pecho. Falleció en el acto.

Hasta ahí la versión oficial. Investigaciones sobre el caso realizadas en los últimos años ponen en duda el suicidio del regicida, sugiriendo que Morral estuvo inducido por terceras personas. El diario *ABC* publicó unas fotos forenses realizadas al cadáver que parecen indicar que la herida se produjo por un disparo a una distancia incompatible con un suicidio, efectuado por un arma larga de mayor calibre. El propio gobernador civil reconoció en el

informe policial que les fue imposible determinar dónde había adquirido Morral la pistola.

Según los expertos, el impacto mortal era muy redondo y desprovisto de los residuos de disparo característicos. Y tras las pruebas de laboratorio, el disparo debió realizarse a más de metro y medio de distancia, lo que descarta la posibilidad de un suicidio.

Tras su fallecimiento, Morral se convirtió en un mártir de la causa anarquista. Para el escritor Pío Baroja, el regicida era «el único joven que existía en España», afirmación que le valió acusaciones de apología del terrorismo. Si hacemos honor a la verdad, Mateo Morral está considerado como el responsable del considerado el atentado más sangriento ocurrido en la ciudad de Madrid hasta el 11-M.

Desafíos, transformaciones y crisis

El reinado de Alfonso XIII, que abarcó desde su nacimiento en 1886 hasta la proclamación de la Segunda República en 1931, fue un periodo marcado por intensos desafíos, transformaciones y crisis en la historia de España.

Dado que nuestro protagonista ascendió al trono siendo un niño tras la muerte prematura de su padre, la regencia de su madre fue crucial para la estabilidad de nuestro país. Durante este periodo se consolidaron las bases de la Restauración monárquica, aunque persistieron tensiones políticas y sociales.

A medida que Alfonso XIII alcanzaba la mayoría de edad, España se enfrentaba a desafíos políticos y sociales significativos. La alternancia en el poder entre liberales y conservadores, conocida como el «turno pacífico», generaba cierta estabilidad política, pero también alimentaba la insatisfacción de sectores descontentos. Además, la pérdida de las últimas colonias españolas en la guerra Hispanoamericana de 1898, como Cuba, Puerto Rico y Filipinas, marcó una profunda crisis para España. Este evento debilitó la posición internacional del país y generó un malestar interno, conocido como la generación del 98, que cuestionaba la identidad y la dirección de España.

A lo largo del reinado de Alfonso XIII, España también experimentó tensiones sociales. El auge del movimiento obrero y sindical, junto con conflictos agrarios, reflejó la creciente desigualdad y las condiciones difíciles para muchos sectores de la sociedad. Estos elementos contribuyeron a la inestabilidad social y política. Ante la creciente incertidumbre, en 1923 el general Miguel Primo de Rivera dio un golpe de Estado, estableciendo una dictadura, aunque fue la proclamación de la Segunda República española en

1931 la que marcaría el fin del reinado de Alfonso XIII.



Alfonso XIII.

CAPÍTULO 4. LOS ATENTADOS CONTRA FRANCO

1. Su llegada a las islas afortunadas

Algunos no tuvieron más trascendencia que la de ser meras charlas, en otros se llegaron a colocar los explosivos… pero todos fracasaron. Nunca se dejaron de tramar atentados contra Francisco Franco. Ya cuando estaba en Canarias, apartado de la península por el Gobierno de la República, se prepararon intentos de asesinato contra él. Durante la guerra civil española, pudo haber funcionado un conato realizado a través del periodista de *The Times,* Kim Philby, que trabajaba para la inteligencia británica, pero era en realidad un agente soviético, como veremos más adelante. Tampoco los anarquistas no dejaron de planear atentados… No menos de trescientas personas participaron directa o indirectamente en la preparación de los atentados contra Franco. La mayoría de los grupos que intentaron en alguna ocasión liquidar al caudillo fueron eliminados por la policía, y los pocos supervivientes a las matanzas en la calle y al pelotón de fusilamiento fueron confinados en las cárceles, donde permanecieron más de veinte años.

Durante décadas, el régimen franquista guardó silencio sobre los atentados fallidos contra el dictador, algunos de los cuales se produjeron antes del estallido de la contienda entre los dos bandos, otros durante el transcurso de la misma y algunos más cuando ya se había consolidado en el poder. El conocimiento de su existencia podía ser interpretado como un signo de debilidad que pudiera alentar a la oposición, razón poderosa que justificó su ocultamiento a la opinión pública.

Como sucedió con algunos jefes de Gobierno anteriores, el anarquismo estuvo detrás de algún que otro atentado contra Franco. Tan solo cuatro días antes de la sublevación militar que desembocó en el estallido de la Guerra Civil, Antonio Vidal, un destacado anarquista catalán residente en Tenerife, estuvo involucrado en un intento frustrado de atentado contra el general, por entonces, capitán general de Canarias. La llegada de Franco a las islas para ocupar el cargo había generado un profundo malestar entre los militantes de izquierda, al considerarle máximo representante de la sangrienta represión de la Revolución de Asturias de 1934.

Para ello, Vidal debía infiltrarse en el edificio de la Capitanía de Santa

Cruz de Tenerife con la ayuda de otros dos anarquistas, Antonio Tejera Alonso y Martín Serarols Treserras. Una vez dentro, los tres tenían que acceder hasta el dormitorio de Franco para cometer el atentado. Pero no sabemos lo que realmente ocurrió.

La versión más verosímil nos dice que los tres anarquistas lograron llegar hasta la puerta del dormitorio dispuestos a acribillar a tiros a Franco. Pero cuando se disponían a entrar, se la encontraron cerrada con llave. El forcejeo por abrirla alertó a Franco, que dio la voz de alarma al grito de «¡Pistoleros!». Descubiertos, los conspiradores consiguieron huir por la azotea del edificio. Ante los rumores de un posible atentado, Franco tomó precauciones, encerrándose cada noche en sus aposentos privados del edificio de la Capitanía.

Desvelados los nombres de los conspiradores, Antonio Vidal logró evitar que lo detuvieran ocultándose bajo una lápida del cementerio de San Rafael y San Roque, situado en Santa Cruz de Tenerife. Salió de su escondite y se puso a salvo saliendo de la isla a bordo de un velero. Por su parte, Antonio Tejero también consiguió escapar. Serarols tuvo menos suerte que sus compañeros y a principios de 1937 fue fusilado, acusado de pertenecer al anarquista Comité de Defensa Confederal de Canarias.

2. Unos cabos bien puestos

Al filo de la medianoche del 17 de julio de 1936, momentos antes del estallido de la Guerra Civil, tuvo lugar el conocido como «complot de los cabos». En Ceuta, al Batallón de Cazadores de Serrallo número 8 se le ordenó participar en la toma del control de dicha ciudad. Dos soldados de convicciones republicanas, José Rico y Pedro Veintemillas, participaban en él. Patrullando por la ciudad, observaron cómo grupos de falangistas armados detenían a civiles y asaltaban sedes de organizaciones políticas y sindicatos.

Al amanecer del 18 de julio, los dos cabos regresaron al cuartel indignados por lo que habían visto y se reunieron con sus homólogos Anselmo Carrasco y Pablo Frutos. Entre los cuatro idearon cómo hacer para detener la sublevación militar derechista que se estaba fraguando contra la República. José Rico se ofreció para matar a Franco, y su idea era tal que así: disparar a bocajarro contra el general cuando estuviese pasando revista a las tropas formadas en el patio central de la comandancia. Cometido el atentado, los soldados liderados por los sabios implicados en la trama reducirían al resto de la guarnición, apuntando con sus fusiles desde las ventanas del primer piso del acuartelamiento e impidiendo así cualquier intento de resistencia.

La tarde del 18 de julio, Rico reclamó estar de guardia en la entrada principal del cuartel con la idea de ser el primero en enterarse de la llegada de Franco y avisar al resto de implicados. Los militares de baja graduación que participaron en el complot tenían el plan muy bien hilvanado. Eran conscientes de que Franco aterrizaría en Tetuán (Marruecos) a bordo del avión Dragon Rapide y que se presentaría en la comandancia de Ceuta a las pocas horas. Pero uno de los participantes fue a ver a un coronel al mando para contarle el plan trazado. Este, alarmado por ello, ordenó la detención de todos los implicados antes de la llegada de Franco. Con el tiempo, todos los participantes en la trama acabarían ejecutados como traidores de la patria.

3. El agente doble que pasó por periodista

Otro intento de atentado contra el caudillo tuvo como protagonista a Kim Philby, espía británico que se descubrió que había sido un agente doble que había espiado en favor de los soviéticos en plena Guerra Fría. En 1937, viajó a España como corresponsal de la agencia *London General Press* para cubrir informativamente la Guerra Civil. Durante su estancia, los servicios de espionaje soviéticos le encomendaron dos misiones. Una era mantenerles informados sobre los planes y movimientos del ejército franquista. La segunda, según ponen de manifiesto documentos desclasificados de la inteligencia británica, era la de atentar contra Franco.

La orden la habría dado el propio Stalin en persona. El cerebro fue Nikolai Yezhov, en aquel entonces comisario del NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos), precursora del KGB. Este ejecutor del estalinismo más feroz dio instrucciones a otro agente doble británico, Paul Hardt, para que encontrase a la persona adecuada para asesinar a Franco. Hardt pensó que el hombre idóneo para cumplir la misión sería Philby.

Nuestro protagonista supo ganarse la confianza del círculo próximo a Franco con su labrada reputación de periodista germanófilo, sus crónicas favorables a los postulados del bando sublevado y su indiscutible encanto personal. Su buen hacer llegó a oídos de Londres y el prestigioso periódico *The Times* contrató sus servicios como reportero de guerra.

Philby tuvo a Franco una vez a tiro. Fue cuando el general le concedió una entrevista en exclusiva para *The Times.* Era la oportunidad perfecta que los soviéticos habían estado esperando. Sin embargo, consideraban que Philby era un magnífico espía, pero no un hombre de acción. Fue entonces cuando decidieron que lo mejor era que su agente les facilitase el acceso a Franco, pero fuera otra persona la que apretase el gatillo.

Moscú se quería servir del anarquista Justo Bueno, que debía infiltrarse

como fotógrafo en la entrevista. Cuando todo estaba preparado para cumplir con la misión, Franco suspendió el encuentro en el último momento, frustrando así el atentado.

Pero a Philby se le presentó una nueva oportunidad para acabar con la vida del caudillo. Sería de forma casual, eso sí. El 31 de diciembre de 1937 el espía infiltrado viajaba en un coche junto con otros tres periodistas norteamericanos cuando el vehículo resultó alcanzado por un proyectil de artillería a pocos kilómetros de Teruel. Sus tres compañeros murieron como consecuencia del impacto y Philby resultó herido en la cabeza. Pocos días después del incidente se le comunicó que iba a ser condecorado personalmente por Franco en audiencia privada con la Gran Cruz de la Orden del Mérito Militar. Blanco y en botella.

Sin embargo, según consta en los documentos desclasificados de los Archivos Nacionales británicos, Philby recibió la orden de abortar el atentado sin explicar cuál fue la razón que hizo que sus superiores decidieran cambiar de planes. Tras recuperarse de sus heridas, continuó su trabajo como corresponsal en España hasta que finalizó la contienda. De ahí pasaría a convertirse en uno de los espías más decisivos de la Segunda Guerra Mundial.



Kim Philby.

4. Una falange descontenta

Una vez instaurada la dictadura del caudillo tras el fin de la Guerra Civil, un núcleo duro de Falange sintió traicionados sus ideales nacionalsindicalistas. Descontentos con la situación, trataron de formar una Falange fuera del partido único, gesto que suponía una entrada en la clandestinidad. Dirigidos por el coronel Emilio Rodríguez Tarduchy, decidieron conspirar y tratar de forzar un cambio de la situación política. Entre los planes a seguir, estaba el asesinato de Serrano Suñer y el magnicidio de Franco. Así lo recoge el historiador Stanley G. Payne en *Falange. Historia del fascismo español.*

Para acabar con la vida del dictador, se escogió la fecha del 1 de abril de 1941, durante la celebración del Desfile de la Victoria. El plan consistía en hacer estallar una bomba en la tribuna presidida por Franco. Pero finalmente se desechó porque varios miembros de la Falange lo consideraban un método indiscriminado que era más propio de anarquistas.

Entonces, se pasó a un plan alternativo. Escogerían disparar directamente contra él, el mismo día, pero cambiando el lugar de los hechos. El escenario elegido sería el Teatro Español de Madrid, donde Franco tenía previsto acudir aquella noche para disfrutar de una función. No obstante, en el último momento, las dudas asaltaron al grupo y se frustró el magnicidio. Y es que consideraban que los asesinatos de Franco y Serrano Suñer podían causar un efecto contrario al que pretendían al desatar una dura represión contra ellos.

5. Una combativa resistencia

Tras siete años de relativa «calma», saltaría de nuevo la alarma. Uno de los intentos más notorios de acabar con la vida del dictador tuvo lugar el 10 de diciembre de 1948, cuando se llevó a cabo un atentado contra el tren en el que Franco viajaba de Madrid a San Sebastián. El acto, conocido como el «Atentado del Puente de Barro», fue perpetrado por miembros de la resistencia antifranquista.

Aunque el caudillo resultó ileso, el incidente dejó varias víctimas mortales y llevó a una represión aún más intensa contra la oposición. Mientras, en 1952, otro intento de asesinato conocido como el «Atentado de la Gran Vía» fue frustrado por la seguridad del régimen, sin mayor trascendencia.

La resistencia antifranquista fue un movimiento de oposición al régimen dictatorial de Franco que perduró durante gran parte de su extenso gobierno, que se prolongó hasta su muerte en 1975. Este movimiento incluyó a diversos grupos y personas con diferentes motivaciones y estrategias para oponerse al régimen imperante. Algunos de los

componentes más destacados de la resistencia antifranquista fueron partidos políticos prohibidos, como el comunista, grupos estudiantiles y obreros, organizaciones activistas y grupos armados como los maquis que operaban en zonas montañosas y rurales, intelectuales y artistas o los movimientos nacionalistas.

La resistencia antifranquista operó en condiciones difíciles debido a la represión y la falta de libertades bajo el régimen. Muchos de sus miembros fueron arrestados, torturados o ejecutados. La resistencia cobró mayor fuerza en la década de 1960, pero fue durante la transición a la democracia, después de la muerte del dictador, cuando se consolidaron los cambios políticos y la oposición pudo emerger de manera más abierta.

6. Entre maquis y guerrilleros

Precisamente, el 28 de julio de 1949 un grupo de guerrilleros esperaba al caudillo cuando este se disponía a inaugurar una central térmica en Compostilla (Ponferrada), solamente un día después de que se le condecorase como alcalde honorario.

Los participantes en la trama llegaron a tocar el vehículo con sus disparos (un Mercedes 770 Pullman Limousine regalo de Hitler), pero no lo suficiente como para lograr su objetivo: cambiar la historia de España. El grupo estaba liderado por dos maquis (guerrilleros republicanos supervivientes de la Guerra Civil ocultos en las montañas): Manuel Caxigal y Manuel Girón. Pese al intento de magnicidio, la noticia apenas tuvo repercusión en la prensa debido a la férrea censura que imponía el régimen.

Hubo más planes en La Muela (Calatayud, Zaragoza), con el grupo anarquista y antifranquista Los Maños, liderado por Wenceslao Jiménez Orive. La estrategia pasaba por disparar a Franco cuando circulara por la carretera nacional Madrid-Zaragoza. Pero el conato no prosperó por estar inservibles las bombas y Wenceslao huyó a Francia, donde establecería contactos con otros libertarios para continuar su lucha desde la distancia.

7. Alguna bomba que otra

Domingo Ibars Juanías «Roset» fue un antiguo combatiente republicano que tenía listo un atentado con bomba en una visita de Franco a Barcelona, pero no se atrevió a llevarlo a cabo por la cantidad de niños que había en el lugar donde tendría que producirse la explosión. Cuando fue detenido por la policía, se le condenó a pena de muerte, conmutada por una larga pena

de prisión.

Otro personaje destacado de esta retahíla de conspiraciones fue Laureano Cerrada Santos, anarquista y falsificador, natural de Miedes de Atienza (Guadalajara). Pensó en atentar en la bahía de La Concha, en San Sebastián, y con tal fin hasta se hizo con la compra de un avión. Junto a otros activistas modificó de tal manera el aparato para colocar una trampilla desde la que lanzar una bomba a Franco mientras veía las traineras. El avión despegó, pero no está claro por qué fracasó la intentona. ¿Interceptaron el aparato? ¿Se acongojó el piloto? ¿Se quiso evitar una masacre indiscriminada?

8. Dinamita en el puente

Corría 1963, año de progresiva apertura al exterior y avance en derechos en plena dictadura franquista. Pues bien. En mayo de ese curso, un comando anarquista que se hacía llamar Defensa Interna, formado por miembros exiliados de la CNT y la FAI (Federación Anarquista Ibérica), se infiltraron en Madrid con la idea de preparar un atentado contra el vehículo de Franco a su paso por un puente situado en el camino que llevaba de El Pardo al centro de la capital de España por la carretera de la Coruña. El acto ejecutorio tendría lugar a principios de agosto, mes en el que se desarrollaba en el Palacio Real la presentación de credenciales de los nuevos embajadores ante el caudillo.

Serían treinta los kilos de dinamita que los anarquistas querían hacer estallar en el denominado Puente de los Franceses, que ya sirvió de escenario de una confrontación durante la Guerra Civil. Era un lugar de un gran simbolismo para el movimiento republicano, ya que aquí tuvo lugar el bautismo de guerra de las Brigadas Internacionales.

Pero su gozo cayó en un pozo. La indecisión de los anarquistas incapaces de comunicarse de manera fiable, el hecho de decidir un día concreto para el atentado y el adelanto de las vacaciones de Franco, provocaron que la misión fuera finalmente abortada.

El régimen de represión detuvo a dos republicanos, Joaquín Delgado y Francisco Granado, y tras ser declarados culpables por un Tribunal Militar en un Consejo de Guerra, los ajustició con garrote vil en la cárcel de Carabanchel.

9. Desde Escocia con amor

Más contemporáneo resultó ser el intento de atentado que pergeñó el anarquista escocés Stuart Christie contra Franco en 1964 en el estadio de fútbol Santiago Bernabéu durante la final de la Copa de España. Después de contactar con la organización anarquista española clandestina Defensa Interior viajó desde Londres con una mochila repleta de explosivos plásticos y detonadores.

Pero la policía secreta de Franco se había infiltrado en los grupos de exiliados de París y Londres, y estaba al tanto de la operación. «Luego de arrestarme me llevaron en auto a la sede del organismo de seguridad. Comenzaron a interrogarme y no encontraron nada al principio, pero cuando inspeccionaron mi bolsa de dormir vieron los explosivos. Sabían exactamente qué buscaban y además ya tenían la carta con instrucciones en su poder», asegura Christie.

Este fue condenado a muerte por garrote vil, aunque su condena finalmente fue conmutada por veinte años de prisión. Permaneció encarcelado durante tres años, y Stuart Christie finalmente fue liberado el 21 de septiembre de 1967 después de una campaña internacional llevada a cabo gracias al apoyo de personalidades internacionales como los filósofos Bertrand Russell y Jean-Paul Sartre.



Francisco Franco.

10. El general portugués sin miedo asesinado en España

El 13 de febrero de 1965, la policía política de la dictadura portuguesa de António de Oliveira Salazar, la PIDE, asesinó al general Humberto

Delgado, uno de los más activos miembros de la oposición. Ocurrió en España, en concreto en Villanueva del Fresno (Badajoz), a escasos dos kilómetros de la frontera. Este óbito, junto con el de su secretaria brasileña, Arajaryr Moreira de Campos, enturbió las relaciones, que antes eran cordiales, entre las dictaduras de Franco y Salazar. Pese a que el franquismo siempre fue un colaborador de la dictadura lusa, en esta ocasión ejecutó una intensa investigación judicial con la que quería dejar claro que no era responsable de los asesinatos.

Humberto Delgado fue un militar y político que además había sido candidato presidencial en las elecciones de 1958 en su país, enfrentándose abiertamente a Salazar. A pesar de su popularidad, las elecciones fueron marcadas por presunta manipulación y fraude, y Delgado no fue reconocido como ganador.

A pesar de haber sido anticomunista visceral, terminó aliándose con el Partido Comunista Portugués y presidió la organización unitaria opositora Frente Patriótico de Liberación Nacional. Pero Delgado siempre quiso derrocar a la dictadura mediante un golpe militar, lo que le apartó de muchos de sus aliados.

Tras su participación en la política, el protagonista de este último epígrafe se exilió y fue perseguido por el régimen de su país. Acabaron con su vida en España en 1965 en circunstancias controvertidas, lo que llevó a especulaciones sobre la participación del gobierno portugués en su muerte. La figura de Humberto Delgado es recordada como un símbolo de resistencia contra la dictadura en Portugal y su legado ha sido honrado en la historia del país, uno de los gérmenes de la posterior Revolución de los Claveles (1974).

CAPÍTULO 5. LOS INTENTOS DE ETA DE MATAR A JUAN CARLOS I Y AZNAR

1. ¿Corrió peligro la vida del rey de España?

Dos veces a tiro. En pleno centro de la diana, cual pajarillo acechado por el objetivo de un cazador en el coto instantes antes de su muerte. Pero complicaciones técnicas abortaron el atentado que podría haber cambiado significativamente la historia de España. Hace ahora 29 años, la banda terrorista ETA trató de perpetrar el asesinato contra el que entonces era el rey de nuestro país, Juan Carlos de Borbón (1938), mientras veraneaba en su residencia de Marivent, en Palma de Mallorca.

La banda terrorista así lo confirmó en un comunicado que lanzó en el periódico vasco *Gara* y el comando liderado por Juan José Rego Vidal fue arrestado por las fuerzas del orden. Aparte de él, lo conformaban Iñaki, su hijo, y Jorge García Sertucha, miembro del comando Levante. La sentencia de la Audiencia Nacional condenaba a los etarras a 109 años de prisión el 21 de julio de 1997. Rego salió de la cárcel en 2010 para cumplir lo que le quedaba de condena en su casa. En 2014, padeció un ictus y, cinco años más tarde, falleció a los setenta y nueve años.

Los hechos transcurrieron tal que así les narro. El 17 de julio de 1995, el comando liderado por este histórico de la banda vasca llegó a la isla balear en un velero procedente de la ciudad francesa de Niza llamado La belle poule («La hermosa ballena»). Luego, el protocolo que mandaba un atentado de tales proporciones les llevó a alquilar un piso con una identidad falsa en la calle Rafaletas, muy próxima al palacio de Marivent, lugar escogido por la familia real para disfrutar todos los años de sus vacaciones de verano. En dicho piso se localizó una bomba de medio kilo, también preparada para acabar con Juan Carlos.

La intención de los terroristas pasaba por vigilar muy de cerca el Fortuna, el yate que empleaba la familia real para navegar por las aguas baleares. Fue durante una de esas vigilancias cuando los terroristas tuvieron a tiro al actual rey emérito con un fusil de asalto y mira telescópica que sería disparado desde el piso que tenían alquilado.

Una vez realizado el disparo era preciso activar, en solamente tres minutos, el temporizador de un artefacto explosivo, burlar a los policías de

servicio en la zona, atravesar por dentro el hipermercado Pryca y salir a la calle por su puerta trasera, donde estaba aparcada la moto Yamaha con la que pretendían escapar hasta el puerto de Alcudia.

Sin embargo, el Ministerio del Interior aseguró tener controlado al comando desde su llegada a Mallorca. Al parecer, las autoridades españolas ya conocían la operación desde un año antes. Se habían fijado un plazo para cometer el atentado, que finalizaba el 13 de agosto. Si antes de ese día no habían conseguido llevarlo a cabo, se volvían a Francia. El 9 de agosto, después de veinticinco días barruntando cómo y cuándo iban a disparar, la Policía irrumpió en el piso alquilado y detuvo a los etarras.

El atentado contra el monarca comenzó a fraguarse ya en 1993, cuando se reunió Rego Vidal con el, por aquel entonces, jefe del aparato militar de ETA, José Javier Arizkuren Ruis, alias «Kantauri». El cerebro de la «operación Lugo», como así se denominó el intento de magnicidio (aunque dirigida en principio a descubrir y desmantelar la trama financiera de ETA), le planteó a Arizkuren la posibilidad de cometer algún atentado en la zona mediterránea, ya que él era marinero. La idea comenzó a tomar forma hasta concretarse en la opción de acabar con la vida del rey en Mallorca.

Con este atentado ETA deseaba volver a rearmarse y contar con un espaldarazo mediático y contundente de nuevo, ya que la banda había sufrido un golpe importante en 1992, cuando la Policía desarticuló a una buena parte de la cúpula de la organización terrorista en Bidart (Francia).

Pero antes de este episodio, Juan Carlos de Borbón sufrió otro atentado fallido en La Coruña debido al intento del golpe de Estado del 23-F, cuando nuestro protagonista frenó la tentativa. O eso dice la versión oficial. Tuvo lugar el día de las Fuerzas Armadas del año 1985, el concreto el 2 de junio, mientras desfilaba por las calles herculinas en un Rolls-Royce.

Un grupo de paramilitares y civiles descontentos por la postura del Borbón en aquel suceso de la historia reciente española habría decidido que la única solución era eliminarlo. Y tomaron como ejemplo el atentado sufrido por Carrero Blanco a manos de ETA en 1973. Elaborarían un túnel para colocar explosivos bajo la tribuna de autoridades. Pero la diligente actuación del Centro Nacional de Inteligencia (CNI) desbarató el plan, al descubrir previamente las intenciones de los militares.

No acabarían ahí las intentonas contra la primera autoridad del país. ETA ordenaría atentar contra Juan Carlos I en la inauguración del Museo Guggenheim en Bilbao en 1997. En concreto, los terroristas Eneko Gogeaskoetxea y Kepa Arronategui, del comando Katu, intentaron matarle. Una de las condiciones era que el atentado «no implicara el riesgo de afectar a personas ajenas al aparato del Estado». En ese caso, lo que tenían los terroristas que hacer era limitarse a «atacar el museo con la finalidad de destruirlo por medio del lanzamiento de granadas», según explica el escrito

de la Fiscalía de la Audiencia Nacional que juzgó a los etarras.

El 13 de octubre de aquel año, a cinco días de la inauguración del espectacular museo a la que asistiría el rey, dos etarras escondieron doce granadas en unas jardineras y las cargaron en una furgoneta con las placas dobladas que aparcaron en las inmediaciones de la galería.

Dadas las características de los artefactos (granadas autopropulsadas Mecar de calibre 83), la intención sería la de que hubiesen perforado las paredes del museo, accediendo a su interior y provocando su destrucción y la muerte de cuantas personas se encontraran en su interior o aledaños.

Tras descargar una de las jardineras, los etarras fueron sorprendidos por dos agentes de la Ertzaintza, por lo que huyeron, no sin antes disparar contra uno de los agentes y causarle la muerte.

Mientras, en septiembre del año 2000 en Hernani (Guipúzcoa), ETA colocó unas granadas en las cercanías del museo Chillida Leku que debían accionarse al paso del rey (ahora emérito) quien iba a acudir a la inauguración del centro. Apenas media hora antes, la Ertzaintza encontró los explosivos e impidió que el atentado se consumara.



Juan Carlos de Borbón.

2. El coche bomba que estalló contra el líder de la oposición

Cuando sufrió el atentado terrorista no era todavía presidente del

Gobierno de España, sino líder de la oposición. Meses después se alzaría con el poder, puede que influido, junto a otros cuantos factores, por este intento de asesinato ideado y ejecutado con premeditación y alevosía. El 19 de abril de 1995, la banda terrorista ETA buscó acabar con la vida del entonces presidente del Partido Popular y candidato a la presidencia del Gobierno, haciendo detonar un coche cargado con más de cuarenta kilos de explosivos al paso del vehículo donde iba. El blindaje del coche en el que viajaba José María Aznar evitó el desastre y el dirigente solo se cortó en la mejilla. Por fortuna, un mal menor.

La cronología de los hechos nos pone de manifiesto que poco después de que el reloj marcara las 08:00 horas de la mañana, el vehículo en el que viajaba Aznar circulaba por el cruce entre las calles José Silva y Arturo Soria de Madrid. Trece minutos después se detonó un artefacto explosivo cerca del coche oficial del político. Como el vehículo llevaba inhibidores de frecuencia, resultaba imposible activar el artefacto mediante un telemando. Y debido a este inconveniente, se prefirió escoger la vía de imitar el atentado efectuado contra Carrero Blanco: accionar la carga explosiva mediante un cable eléctrico enchufado a los detonadores de la bomba. Si se quería activar, bastaba con unir dos polos, cerrar el circuito y así se produciría la deflagración.

Así fue. La explosión provocó importantes daños en el coche, sobre todo en la parte delantera y zona más blindada, pero impidió que las personas que viajaban dentro murieran. Sin embargo, sí hubo una víctima mortal colateral. El resultado del atentado acabó con la vida de una señora, de setenta y tres años, afectada por la onda expansiva. Margarita González Mansilla quedó aplastada por el derrumbe de su vivienda mientras dormía. Además de los graves destrozos originados aquella mañana, hubo quince heridos de diversa consideración.

De inmediato, Aznar fue atendido por los servicios de emergencia y trasladado a la cercana Clínica Belén. Pese a la magnitud del acontecimiento, el político popular no perdió la calma y al comprobar que se encontraba bien, quiso saber de inmediato qué había ocurrido con su chofer y escoltas. Los días posteriores, ya recuperado del *shock,* fue a visitar a la víctima antes de su fallecimiento, que quedó en coma varios meses.

El dirigente del Partido Popular encarnaba el perfil como claro objetivo de la banda terrorista ETA. Generaba animadversión en algunas zonas del País Vasco, sobre todo en aquellas de más raigambre independentista. Por lo que le aconsejaron que para realizar sus viajes oficiales contara con un vehículo con blindaje integral de fábrica. Resultó decisiva en esa propuesta la intervención de Francisco Álvarez Cascos, por aquel entonces secretario general del Partido Popular. Aznar se negaba en principio.

La actuación de sus acompañantes en el vehículo resultó providencial

para que Aznar saliera ileso. La persona que conducía el coche recordó en un programa de televisión cómo se produjo todo y cómo algunas decisiones sirvieron para salvar sus vidas. En especial, el cambio de ruta, ya que realizaron una variación de su rumbo que resultó clave: «Normalmente sí cambiábamos de ruta, pero había días que no. Ese día, en vez de ir pegados a los coches que había en junto a la acera, nos metimos por el carril de la izquierda», precisó.

Los dos etarras que perpetraron el atentado huyeron como un rayo a bordo de un coche modelo Fiat Uno con matrícula falsa de A Coruña, a cuyo volante les esperaba un tercer activista, según aseguran testimonios de algunos testigos. El comando abandonó el vehículo en un descampado de la calle de Mauricio Legendre, cerca de la estación de Chamartín. El coche, que llevaba en su interior un artefacto incendiario con tres o cuatro kilos de explosivos, se autodestruyó sobre las nueve de la mañana, con lo que se borraron las huellas de los terroristas. Aquel atentado provocó una gran conmoción nacional, y además supuso un espaldarazo a la carrera política de José María Aznar, que solo un año después ganaría las elecciones.

El del 19 de abril de 1995 no fue el único atentado que padeció el que se iba a convertir en el cuarto presidente democrático de la nación. Hasta tres intentos más sufrió en sus carnes (todos posteriores, y los dos últimos de manera consecutiva, en el año 2001, tan solo separados por un lapso de dos semanas), todos ellos a cargo de ETA. Ahí ya era presidente de la nación y viajaba a Guipúzcoa en avión oficial. En esas distintas ocasiones lo intentaron utilizando un lanzamisiles que iría dirigido hacia el avión del mandatario. Afortunadamente, el arma, una SAM-7 de fabricación rusa, falló en las tres tentativas.

El primer intento se llevó a cabo durante la visita de Aznar al Palacio Euskalduna de Bilbao el 29 de abril de 2001. El SAM-7 no disparó. La segunda intentona tuvo lugar en Oyarzun (Guipúzcoa), y buscaba derribar el Falcon 900 del presidente cuando aterrizara en el aeropuerto de Fuenterrabia el 4 de mayo. Pero tampoco funcionó. El último intento tuvo lugar siete días después, cuando un comando barruntó acabar con el avión durante el cierre de la campaña electoral en Vitoria. Finalmente, el gozo de ETA cayó en un pozo.

En tiempos más recientes, la figura del juez de la Audiencia Nacional, Baltasar Garzón, también estuvo amenazada. El jurista, conocido por sus esfuerzos para enjuiciar a figuras relevantes del franquismo, se enfrentó a numerosas amenazas y atentados. Su valentía para abordar cuestiones delicadas de la historia española le costó ser blanco de actos violentos. No obstante, no todos los magnicidios en España están relacionados con la política. En 1992, el líder de la banda terrorista ETA, Francisco Tomás Carrasco, fue asesinado en un atentado. Este evento marcó un punto de

inflexión en la lucha antiterrorista y contribuyó a la disminución de la actividad violenta de ETA en los años posteriores.



José María Aznar.

3. El francotirador que quiso acabar con la vida de Pedro Sánchez

Al más puro estilo hollywoodiense de ficción, un francotirador quiso acabar con la vida de Pedro Sánchez, actual presidente del Gobierno de España, en 2018. Pero por fortuna no lo consiguió. Manuel Murillo Sánchez, de sesenta y ocho años, exvigilante jurado, planeaba atentar contra el dirigente aprovechando su pericia con las armas. Era ducho con ellas porque se mostraba capaz de modificarlas y además sobresalía como tirador en el club de tiro olímpico del Vallés.

Murillo, nacido en Terrassa (Barcelona), fue detenido por los Mossos d'Esquadra después de amagar con atacar al presidente tras el anuncio de la exhumación de Francisco Franco del Valle de los Caídos. Da la casualidad de que nuestro protagonista es hijo del último alcalde franquista de la localidad barcelonesa de Rubí.

En concreto, Murillo amenazó en un grupo de WhatsApp con atacar a Sánchez (1972), y así se lo decía a varios de sus contactos. «A Sánchez hay que cazarlo como un ciervo y poner la cabeza en la chimenea». «Nos hemos de mojar y actuar. Yo estoy dispuesto. Mi mayor ilusión es meter al traidor de Sánchez debajo de la lápida de Franco», señalabas en varios mensajes enviados a diferentes contactos, como así recoge el escrito de acusación de la Fiscalía.

La intención de Murillo de matar a Sánchez era notoria. Los Mossos le atribuyen una «clara intencionalidad» y la «voluntad» de acabar con la vida del presidente del Gobierno. Si atendemos a los mensajes que dejó

grabados en WhatsApp, se muestra que buscaba ayuda logística: poder conocer la agenda del presidente, alguien que le dejase un piso, que le ayudase en la huida… «Manifiesta que está dispuesto a hacer el sacrificio por España y que no le importan las consecuencias, como la detención o el ingreso en prisión», según explicó el portavoz de los Mossos, el inspector Albert Oliva.

Por lo que se le acusó de los delitos de conspiración para atentar contra autoridad con uso de arma, por amenazas graves, tenencia ilícita de armas, municiones y explosivos y un delito de odio. Pese a su reconocido franquismo, Murillo era un «lobo solitario», es decir, una persona que actúa de forma independiente.

Aunque frecuentara ambientes ultraderechistas, Murillo nunca había participado en actos violentos, por lo que no tenía antecedentes policiales de ningún tipo, en consecuencia, era muy difícil que las fuerzas de seguridad se fijaran en él.

Después de su detención, la Policía autonómica encontró en su casa dieciséis armas, largas y cortas, incluidos rifles de alta precisión y un subfusil de asalto. Nuestro protagonista tenía licencia de armas y acreditaba ser un experto tirador. Además, en su vehículo portaba dos pistolas, una de ellas modificada y de tipo ilegal.

CAPÍTULO 6. ¿BLINDADOS O VEHÍCULOS FRÁGILES?

Desde una frágil berlina de dos caballos a un Audi V8 con alfombra antibombas, sistema ignífugo y cristales a prueba de balas. Son solo algunos de los vehículos que, portando en su interior a los presidentes de Gobierno españoles, sufrieron atentados terroristas a lo largo de la historia de nuestro país. Unos contaban con más medios de seguridad que otros, debido a la evolución de la tecnología y, aunque no todos lograron su objetivo de hacer de pantalla y proteger la vida de los más altos mandatarios y acompañantes, al menos tienen su cuota de protagonismo en este triste legado de magnicidios patrios. Cabe recordarlos en estas páginas.

1. La berlina de Prim

La muerte de Juan Prim i Prats sigue siendo un misterio. Al igual que el atentado que sufrió el 27 de diciembre de 1870, cuando su coche de caballos (de tipo berlina-coupé de dos puertas y tirado por dos caballos) resultó tiroteado en la calle del Turco (hoy rebautizada como Marqués de Cubas) de Madrid mientras regresaba a su residencia presidencial tras acudir al Parlamento.

Los hechos ocurrieron tal que así: En una emboscada digna de película, dos carruajes cerraron el paso en la calle y al detenerse el cochero fue el momento cuando los asaltantes aprovecharon para efectuar los disparos sobre el presidente del Consejo de Ministros de España. La reacción del cochero fue la de emprenderla a latigazos con los supuestos asesinos y con sus caballos para salir del cerco, pero la mala noticia es que el político ya había sido alcanzado por los disparos.

La versión oficial de su muerte es que las heridas de su hombro se infectaron por los restos del abrigo que penetraron en la carne con los disparos, falleciendo tres días después del atentado, el 30 de diciembre de 1870. Aunque cada vez cobra más fuerza que la principal causa de su muerte parece haber sido un estrangulamiento.

La berlina de Juan Prim, que se conserva en el Museo del Ejército en Toledo, es un carruaje de color negro de cuatro ruedas, dos puertas, biplaza,

tirado por dos caballos, empleado por el general para sus desplazamientos diarios. El vehículo conserva los orificios de bala realizados por los dos grupos de hombres que, armados con trabucos, dispararon desde ambos lados de la berlina. Esta fue donada por los hijos del general al Museo de Artillería de Madrid en 1889.

Características del vehículo
Origen: París.
Objeto: Carroza.
Dimensiones: 350 centímetros × 200 cm; altura = 200 cm.
Técnica: Tallado; pintado; forja; fundición; curtido; tapizado.
Materia: Madera; marfil; vidrio; bronce; hierro; cuero; seda.

2. Un titán de aluminio pero sin blindaje

Con la llegada del siglo XX los coches dieron un paso de gigante: dejaron de ser tirados por caballos de reales y pasaron a ser motorizados. El 8 de marzo de 1921 el entonces presidente del Gobierno español, Eduardo Dato, murió en el atentado sufrido cuando viajaba a bordo de su vehículo, un Marmon 34, modelo Limousine de 1917 y matrícula ARM-121 (iniciales de Automovilismo Rápido Militar, entidad perteneciente en su día al Ejército de Tierra), a su paso por la plaza de la Independencia de Madrid. Se trataba de un modelo americano de cierto pedigrí en la época.

Marmon era una firma automovilística cuya sede se localizaba en Indianápolis (Estados Unidos), y que se mantuvo activa entre 1902 y 1933. El modelo 34 se presentó en el año 1914, mientras que el de Dato fue fabricado en 1917. Era una gama que se había hecho famosa un año antes por sus prestaciones y por su concepción muy moderna, empleando el aluminio de manera extensiva en su carrocería (también en el bloque motor, la caja de cambios, el diferencial, los guardabarros o el capó) y con detalles técnicos como los cilindros con válvulas en cabeza.

Al coche se le denominaba Marmon 34 porque hacía referencia a su potencia fiscal de 34 caballos, dotado de un enorme motor de 6 cilindros con válvulas en cabeza. Disponía de diferentes tipos de carrocería, incluidos los modelos *roadsters, speedsters, touring,* y limousine, por enumerar algunas. El único chasis disponible tenía una distancia entre ejes de 3,45 metros, y el peso estaba en torno a los 1500 kilos.

Pero destacaba un pequeño inconveniente: El vehículo no disponía de ningún tipo de blindaje y se conserva también en el Museo del Ejército de Toledo. En el juicio contra los asesinos del presidente del Consejo de Ministros, los daños del coche se valoraron en 2900 pesetas.

La firma Marmon Motor Company fue creada por el ingeniero Howard

Carpenter Marmon (1876-1943) junto a su hermano Walter. Provenían de una familia de industriales. Su padre, Daniel W. Marmon, fue uno de los cofundadores de la empresa Nordykef & Marmon Company (en Indianápolis), el mayor fabricante de máquinas para moler grano del mundo a finales del siglo XIX.

Apenas transcurrieron dos días del atentado, los investigadores descubrieron la motocicleta empleada en el suceso, una Indian con sidecar, en un inmueble de la calle madrileña Arturo Soria. Mientras tanto, la firma Indian, que se fundó en 1901 en el estado de Massachusetts (Estados Unidos), y que fue la primera gran rival de Harley-Davidson, en la actualidad se integra en el grupo Polaris, y su producción se centra en exclusiva en modelos clásicos.

3. El coche del año que saltó por los aires

El 20 de diciembre de 1973 se produjo el atentado que acabó con la vida del almirante Luis Carrero Blanco mientras circulaba en su coche oficial tras salir de misa en el recorrido habitual que realizaba a diario hacia la sede de la Presidencia del Consejo de Ministros. Era el quinto presidente del Gobierno de España que moría en un atentado. El coche en el que viajaba Carrero Blanco era un Dodge 3700GT, fabricado por la marca Chrysler.

El vehículo oficial en el que transitaba el dirigente saltó por los aires a su paso por el número 104 de la calle de Claudio Coello de Madrid, y tras alcanzar una altura de más de treinta metros, trasvasó la fachada de un convento de Jesuitas y cayó cual pelota en uno de sus patios interiores, después de explotar una carga de más de cien kilos de explosivos enterrados bajo el asfalto cuando pasaba el vehículo.

El Dodge, que no tenía blindaje, soportó de forma admirable una explosión de tales características, así como su posterior vuelo y aterrizaje. De hecho, tras su rescate, todavía funcionaba su intermitente izquierdo. Aunque se trataba de un modelo estrictamente de serie con modificaciones mínimas para su servicio oficial, como el portaestandarte en la aleta delantera, sistema de comunicación y poco más.

El 3700 GT, que no era ni más ni menos que una evolución del famoso Dodge Dart, con matrícula PMM-16416 (Parque Móvil Ministerial), y en el que perdieron la vida el citado Carrero Blanco junto a su chófer, José Luis Pérez Mogena, y al escolta, el inspector de policía José Antonio Bueno Fernández, había sido nombrado «Coche del Año en España». De color negro, tenía el techo de vinilo, y había sido producido dos años antes en la factoría de Chrysler en Villaverde (Madrid), que en la actualidad pertenece al Grupo Stellantis.

Se trataba del coche más caro y potente que se fabricaba en nuestro país en aquel momento. Disponía de una carrocería de 5 metros de longitud y un motor de enjundia de 6 cilindros y 3,7 litros que alcanzaba los 170 caballos. El Dodge 3700 GT era el vehículo que prestaba servicio a los políticos de más alto rango en España en los años setenta del pasado siglo.

Tras el atentado, los restos del vehículo fueron expuestos en el Museo del Ejército desde 1974 hasta 1984, junto con el resto de vehículos de magnicidios de la historia de España. En 1984 se quitó de la exposición y desde entonces ha estado oculto en los fondos del Museo del Ejército, que lo cedió en 2017 al Museo de Automóviles del Ejército de Torrejón de Ardoz por un periodo de cinco años.

4. Los vehículos de Franco

Se dice que como Franco (1892-1975) era bajito, odiaba los coches altos. Y al parecer tampoco le gustaba que el conductor fuera más cómodo que él. Era un gran devoto de los descapotables y, mientras España estuviera arruinada bajo su dictadura, siempre disponía y hacía ostentación de los mejores modelos de cada época. Además, cuando se cansaba de ellos, los transfería a su mujer, Carmen Polo (así lo hizo, por ejemplo, con un Rolls-Royce Silver Wraith de 1950).

Son solo algunas de las anécdotas que adornan la vida de un general que dirigió España con mano de hierro de 1939 a 1975. Y aunque le chiflaran los descapotables, a partir del asesinato de John Fitzgerald Kennedy, presidente de Estados Unidos, en 1963 en Dallas, nunca más se movió en ellos.

Los vehículos que le transportaban a lo largo y ancho de España por lo general estaban blindados (como el Cadillac de 1948 o el Chrysler de 1964), pero hasta que en 1974 adquirió varios Cadillac Fleetwood, ninguno de sus coches había dispuesto de aire acondicionado.

Son tres los vehículos relacionados con el general Franco los que se exponen en el Museo de Automóviles del Ejército de El Pardo. El primero de ellos es uno de los Mercedes blindados que utilizó el caudillo. Se trata de un Mercedes del año 44, con un blindaje de 9 milímetros de carrocería y ¡45 mm en cristales! Cuenta con dos depósitos de gasolina de 240 y 30 litros, respectivamente, con los que podía recorrer apenas 400 kilómetros. Este Mercedes fue utilizado como vehículo de representación entre 1945 y 1950 por Franco y en visitas de jefes de Estado y hasta 1962 para ir de pesca.

Antes poseyó un Mercedes W31 G4 de seis ruedas del que solo se fabricaron cuatro unidades (una especie de *jeep* con tracción en los dos ejes traseros). Fue un regalo del embajador alemán en España, el barón Von Stohrer. De peripecia en peripecia. Uno de ellos desapareció en la Segunda

Guerra Mundial, otro lo compró una empresa estadounidense para utilizarlo como atrezo para el cine y el último lo recibió el italiano Benito Mussolini también como obsequio del Führer.

Dwight Eisenhower, presidente americano entre 1953 y 1961 y un reconocido amante de los automóviles, viajó en este coche oficial, desde El Pardo hasta el lugar en que se alojaba durante la visita oficial de 1959 que selló el restablecimiento de relaciones entre Estados Unidos y nuestro país. Cuando expiraba 1989, a María del Carmen Martínez-Bordiú (nieta del dictador) se le ocurrió reclamar este modelo por considerarlo un regalo personal que se le había hecho a su padre, el marqués de Villaverde. Su deseo era recuperarlo y llevárselo al Pazo de Meirás, pero no lo consiguió. De 5400 centímetros cúbicos y 4400 kilos de peso, alcanza los 67 km/h y consume 38 litros a los cien kilómetros.

Precisamente en El Pardo se conserva un modelo Mercedes 770 Pullman Limousine blindado y con motor de avión, idéntico al que usaban Himmler y los jerarcas nazis de las SS. Se trataba de lo más avanzado de entonces: nada menos que motor de aleación ligera, cinco marchas y retrovisores exteriores móviles. Se fabricó entre 1938 y 1943 y podía alcanzar los 170 km/h gracias a su cilindrada de 7665 cc y sus 230 CV de potencia.

Otro de los vehículos históricos que habitan en el Museo de Automóviles del Ejército es el que está considerado como «penúltimo vehículo de Franco» (el último se lo proporcionó Pedro Sánchez en su traslado a El Pardo). Es un camión Pegaso 3050 que apenas tiene 1.150 kilómetros recorridos (1.000 del rodaje y 150 del traslado). Tras el funeral en la plaza de Oriente el 23 de noviembre de 1975, el féretro del general fue llevado en este camión al Valle de los Caídos, escoltado por la Guardia Real. El vehículo dejó de utilizarse y fue abandonado en la Agrupación de Transporte de Canillejas, hasta que llegó su restauración en 2007.

5. Un tanque sobre ruedas

Gracias a su excelente blindaje, el entonces líder de la oposición, José María Aznar, pudo salvar la vida. El líder del Partido Popular sufrió un atentado el 20 de abril de 1995 a manos de la banda terrorista ETA, que empleó un coche bomba estacionado en la madrileña calle José Silva al paso de su vehículo, un pequeño Fiat Tipo cargado con más de cuarenta kilos de amonal y exógeno, y otros cuarenta de tornillos. La explosión fue de tal magnitud que provocó heridas de diversa consideración a una veintena de personas y acabó con la vida de una anciana que se encontraba en su domicilio en plena línea de la onda de expansión de la explosión.

Pero las excelentes cualidades del vehículo en el que viajaba Aznar, un

Audi V8 de blindaje nivel A-40, impidieron funestas consecuencias. Y es que tras el atentado que la misma ETA había perpetrado contra Carrero Blanco en 1973, las autoridades españolas empezaron a utilizar vehículos blindados para sus desplazamientos. Este Audi V8 añadía casi una tonelada extra de peso al coche y estaba preparado para mantenerse íntegro frente a armas del calibre 7,62. Los bajos contaban con una manta antibombas y los cristales tenían un grosor de 15 milímetros (tres veces más que los coches convencionales).

Los primeros modelos del Audi V8 eran una evolución del Audi 200 con el motor V8 de 3,6 litros, que sería sustituido con posterioridad por el 4.2 de mejor rendimiento, que era en el que iba Aznar (este con una potencia de 280 caballos). El blindaje era notable: además de cristales laminados antibalas, disponía de paneles de carrocería de aramida y kevlar que resultaron fundamentales para aminorar la potencia de la onda expansiva y evitar la muerte de sus pasajeros.

La onda expansiva del atentado fue de tal magnitud que arrasó los bajos de un edificio cercano y el impacto dañó toda la carcasa del vehículo, que a pesar de la feroz tentativa todavía mantiene su luna (resquebrajada, eso sí, y con las huellas del atentado). Aunque quedara inutilizado por dentro, el habitáculo, la zona de supervivencia en la que viajaba Aznar, quedó intacta. Los restos del coche fueron vendidos como chatarra a un desguace.

CAPÍTULO 7. OTROS CRÍMENES CONTRA LÍDERES POLÍTICOS

El 14 de abril de 1931 llegó la Segunda República a España con la firme convicción de revertir la situación de gobernabilidad del país. Con la alternancia de la izquierda y la derecha en el poder, resultó ser un periodo de nuestra historia más reciente que, aunque democrático, fue tenso e inestable y en el que la radicalidad de un bando y de otro se cobró muchas víctimas mortales que, aunque no fueron los máximos dirigentes que gobernaban el país, sí se habían alzado como protagonistas de primera línea de la política española.

Uno de los asesinatos más relevantes fue el cometido contra José Calvo Sotelo, antiguo ministro y líder de la facción monárquica en las cortes republicanas, por militantes del Partido Socialista vinculados a la figura de Indalecio Prieto, líder de esta formación. Ocurrió el 14 de julio de 1936, en medio de un clima de violencia política que él mismo avivó y que era un reflejo de la agitación en las calles. El crimen fue una de las mechas que incendiaron el estallido de la Guerra Civil, que dio inicio apenas cinco días después.

Todo comienza en diciembre de 1935, cuando el Gobierno de Joaquín Chapaprieta cae al quedarse en minoría. Niceto Alcalá-Zamora, presidente de la República, decide no pedir al líder derechista Gil-Robles que forme Gobierno, pese a ser la opción más votada. Calvo Sotelo, uno de los políticos de referencia en la derecha (y que había sido ministro en la dictadura de Primo de Rivera), está en la cama enfermo por ciática. La negativa a que la derecha lidere el Gobierno supone, desde su punto de vista, un golpe de Estado liderado desde presidencia.

Alcalá-Zamora decide encargar la formación de Gobierno al centrista Manuel Portela Valladares, pero Calvo Sotelo denuncia en Cortes la maniobra, obligando a Alcalá-Zamora a disolver la cámara. Portela Valladares dimite y será Manuel Azaña el nuevo encargado de formar Gobierno.

El enfrentamiento con Casares Quiroga, escogido nuevo presidente, es especialmente intenso el 16 de junio. Calvo Sotelo se muestra favorable a un Estado fascista y a que el ejército dé un golpe de Estado. Es entonces cuando se produce uno de los momentos más memorables del

parlamentarismo español: al parecer, Dolores Ibárruri reacciona gritando que es una vergüenza que la República aún no haya juzgado a Calvo Sotelo por haber sido ministro durante la dictadura.

Este clima de violencia parlamentaria era un reflejo de los altercados que se daban en la calle. Los enfrentamientos se multiplican a partir del desfile militar del día de la República, el 14 de abril. De repente, se oyen tiros delante de la tribuna presidencial y cae muerto el alférez de la Guardia Civil, Anastasio de los Reyes.

Al día siguiente se producen manifestaciones de duelo. Los incidentes más graves se originan cuando el director de Seguridad, José Alonso Mallol, ordena a la Guardia de Asalto disolver la concentración. El teniente José del Castillo es el responsable al mando y ordena abrir fuego contra el gentío. Uno de los que caen fulminados es el estudiante falangista de veinticuatro años Andrés Sáenz de Heredia, hermano del director de cine José Luis Sáenz de Heredia y primo de José Antonio Primo de Rivera.

No se ordena una investigación oficial de lo ocurrido, lo que exacerba a los conservadores, que señalan a José del Castillo. Este, el 12 de julio, después de dar un paseo, se dirige a pie al Cuartel de Pontejos, donde debe entrar para el turno de noche. A pocos pasos de su casa, es interceptado por varios pistoleros, que lo abaten sin que pueda ni siquiera desenfundar su arma. La identidad de sus asesinos sigue siendo objeto de debate: para algunos historiadores eran falangistas, para otros, requetés (carlistas).

El cadáver del militar es conducido a la Dirección General de Seguridad, donde se instalará la capilla ardiente. Se despierta una oleada de indignación entre los compañeros de Castillo. Varios policías piden a Moles, responsable de Seguridad, permiso para detener a elementos falangistas, ya que dan por seguro que de esos círculos parten los asesinos. Por lo que se ponen en marcha varias camionetas, que parten con listas de personas a detener. Una de las últimas es la número 17. Ocupada, aparte de por una docena de guardias de asalto, por cuatro jóvenes socialistas vestidos de paisano.

Acuden a la casa de Gil-Robles, que se encuentra en Biarritz. De modo que enfilan entonces dirección a la calle Velázquez número 89, el domicilio de Calvo Sotelo. Son aproximadamente las tres de la madrugada. La escolta del político deja pasar a los guardias de asalto. Estos exigen a Calvo Sotelo que les acompañe a la Dirección General de Seguridad. El político se despide de su familia prometiendo que los llamará en cuanto llegue a su destino, «a no ser que estos señores me lleven para darme cuatro tiros».

Calvo Sotelo se sienta en el tercer departamento, en el banco cuarto de la camioneta 17, entre dos guardias. Detrás de él, los cuatro jóvenes socialistas. El vehículo arranca y, a unos trescientos metros, en la misma calle Velázquez, se escuchan dos disparos. El político cae fulminado con dos

balas en la nuca.

La camioneta se dirige al cementerio del Este (hoy La Almudena) y se deja el cadáver en el depósito con explicaciones vagas a los sepultureros. Los rumores de la muerte del líder derechista comienzan a correr. Al confirmarse, el estupor social es mayúsculo. Los diputados solicitan una sesión de Cortes, pero, ante el miedo de que acudan armados y se disparen en el hemiciclo, se suspende. No volverá a reunirse un Parlamento plural hasta cuarenta años después.

Cuatro días después, comenzaba la Guerra Civil. La mayoría de los historiadores achacan su inicio no solo al asesinato de Calvo Sotelo, sino que fue un factor más y ya todo estaba listo para el alzamiento.

1. La investigación

Al identificarse el cadáver de Calvo Sotelo, comenzaron las detenciones y los interrogatorios de los guardias de asalto implicados. Ese mismo 13 de julio, ya por la tarde, los forenses Antonio Piga y Blas Aznar se disponen a inspeccionar la camioneta 17. Aunque ha sido adecentada a fondo en dos ocasiones y la hostilidad de los allí presentes les impide tomar imágenes de esos momentos, se encuentran rastros de sangre y varios pelos.

El doctor Piga también está presente en el cementerio del Este, en el reconocimiento y autopsia del cadáver. Era uno de los médicos más reputados de Madrid y acababa de terminar su mandato al frente del Colegio de Médicos de la capital. El sumario que se inició, depositado en el Ministerio de Gobernación, fue robado el 25 de julio a punta de fusil por un grupo de milicianos.

2. La crueldad de ETA

El terrorismo de la banda ETA ha marcado de manera trágica la historia reciente de España, desde los años sesenta del pasado siglo hasta hace escasos años. Las diferentes ramas que han compuesto esta organización, de alguna u otra manera, son responsables de la muerte de más de ochocientas personas entre los años 1968 y 2010, en el marco de una campaña violenta cuyo principal objetivo era la independencia del País Vasco.

Políticos de diferentes signos ideológicos, y que representaban las esferas del poder en España (Partido Popular y Partido Socialista, sobre todo), fueron algunos de sus objetivos mortales. De los 42 políticos que han sido asesinados por ETA, 15 son del PP, 11 del PSOE, 5 de Unión del Centro

Democrático (UCD), 9 responsables durante la dictadura de Franco y 2 de Unión del Pueblo Navarro (UPN).

Las víctimas políticas de ETA se agrupan en dos fases del tiempo muy bien definidas, una primera entre 1975 y 1980, en la que se mata a diecinueve cargos, muchos de ellos dentro de la campaña contra antiguos dirigentes franquistas, y una segunda que arranca en 1995, con el asesinato del concejal en San Sebastián del Partido Popular, Gregorio Ordóñez, y que ha continuado hasta hace algunos años.

Ernest Lluch (exministro socialista de Sanidad), Fernando Buesa (parlamentario vasco y secretario general del Partido Socialista de Euskadi) o José María Martín Carpena (concejal del Partido Popular en el Ayuntamiento de Málaga) son solo algunos de los dirigentes cuyas vidas fueron fulminadas por ETA en el año 2000, uno de los de mayor violencia de la banda terrorista.

Mención aparte cobra el infame asesinato cometido contra Miguel Ángel Blanco. Concejal de Ermua por el PP, tenía veintinueve años cuando fue secuestrado el 11 de julio de 1997 por ETA, que dio un ultimátum al Gobierno para que, en el plazo de 48 horas, trasladase presos terroristas al País Vasco. En caso contrario lo matarían, aseguraba el comunicado.

La amenaza de muerte sin contemplaciones y la iniquidad que implicaba convulsionaron a la sociedad española. Las manifestaciones se sucedieron en las calles: decenas de miles, centenares de miles de personas caminando a pie por diversas ciudades. Y es que no se trataba de una amenaza retórica: Miguel Ángel Blanco fue asesinado en el plazo que habían anunciado los terroristas y la vileza del crimen conmocionó a todos los estamentos de nuestro país.

De pronto, las calles fueron ocupadas por una reacción popular contra ETA, que evidenciaba el hartazgo social. De esta manera, este vil asesinato significó un paso de gigante en los posicionamientos frente a lo que significaba el terror. La sociedad estaba exigiendo en las calles de toda España que se priorizase la acción antiterrorista en el Parlamento. El llamado «espíritu de Ermua» agrupó este nuevo estado de ánimo, forjado por la indignación de la sociedad, y sirvió de inspiración para el clima que exigía masivamente dar por finalizado el terrorismo.

3. Un tiro en la cara

Reciente ha sido el caso sufrido por Aleix Vidal-Quadras. El fundador de VOX y expresidente del PP en Cataluña recibió un disparo en la cara el 9 de noviembre de 2023 cuando paseaba por el centro de Madrid. Hospitalizado de urgencia, el político, de setenta y ocho años, indicó que el ataque podría

estar vinculado con sus relaciones con la oposición iraní.

Y es que hace algunos meses, el Gobierno del Irán creó una lista negra en la que incluía a Quadras «debido a sus acciones deliberadas de apoyo al terrorismo y grupos terroristas, la promoción e incitación, y propagación de la violencia y el odio, lo que ha causado disturbios, violencia, actos terroristas y violaciones de los derechos humanos contra la nación iraní».



Manifestación en Bilbao contra el terrorismo vasco o de ETA.

CAPÍTULO 8. LUGARES CON HISTORIA PARA VISITAR

El lector que se acerque a las páginas de este libro, aparte de conocer algún que otro entresijo de la historia luctuosa de España, sobre todo relacionada con las más altas cotas de poder, también puede aprovechar para soltar las piernas y hacer turismo. Viajar a la capital de España, ciudad que ha acogido cuatro de los cinco magnicidios perpetrados contra presidentes del Gobierno (Prim, Canalejas, Dato y Carrero Blanco) supone toda una aventura por descubrir para el lector aficionado al pasado y a la historia reciente de nuestro país.

Los pasos del viajero lector de esta obra le conducen hasta la madrileña calle Marqués de Cubas (40°25'02"N, 3°41'44"O), antes conocida como calle del Turco, donde tuvo lugar el asesinato contra Juan Prim el 27 de diciembre de 1870. Para llegar hasta allí, debe iniciar el recorrido en la carrera de San Jerónimo, detrás del antiguo palacio de Villahermosa, edificio que alberga el Museo Thyssen, parar terminar en la calle de Alcalá. ¿Qué tiene de peculiar esta vía aparte de ser testigo del primer magnicidio de la historia de España? Pues que en 1888 se construyó allí parte del inmueble del actual Banco de España. La calle toma su actual nombre de Francisco de Cubas y González-Montes, marqués de Cubas (1826-1899). Fue un arquitecto y político español, cuya obra más destacada fue el proyecto que ideó para la construcción de la Catedral de la Almudena. Alcalde de Madrid, senador y diputado, ha sido considerado el arquitecto madrileño más característico y representativo del último tercio de siglo.

Sin salir de la capital de España, la siguiente parada del viajero le hace dirigirse hasta el número 6 de la conocida Puerta del Sol (40º25'01"N, 3º42'13"O), un lugar muy concurrido de la ciudad de Madrid, muy cerca de la esquina con la calle Carretas y del entonces edificio de la Gobernación que hoy es sede del Gobierno regional de Madrid. Allí se encontraba la antigua librería San Martín, cuyo escaparate miraba con atención el presidente del Consejo de Ministros del Gobierno, José Canalejas, el 12 de noviembre de 1912. Poco antes del mediodía, el político sufrió los disparos del anarquista Manuel Pardiñas, causándole la muerte en el acto.

Sin duda, nos encontramos en uno de los lugares más emblemáticos de la capital. Desde 1950 se localiza en la Puerta del Sol el llamado kilómetro

cero de las carreteras radiales de España. Y donde tiene lugar cada 31 de diciembre a las 0 horas la tradicional toma de las doce uvas que se retransmite en televisión. La Puerta del Sol es un lugar de cita y encuentro de los madrileños, en sus orígenes uno de los accesos de la cerca que rodeaba la ciudad en el siglo XV. Cuyo nombre procede de un sol que adornaba la entrada.



Puerta del Sol de Madrid.

Es famosa por haber albergado la Casa de Correos en el siglo XVIII, que luego se convirtió en Ministerio de la Gobernación y actualmente, es sede del Gobierno madrileño. En los últimos años, la Puerta del Sol ha sido noticia por haberse convertido en el símbolo del Movimiento 15M, cuando decenas de manifestantes acamparon allí la noche del 15 de mayo de 2011 reclamando un cambio político, social y económico en España. Una acampada pacífica que se prolongó hasta el mes de agosto de ese mismo año.

Uno de los reclamos turísticos de la plaza es la estatua del Oso y el Madroño, erigida en 1967 enfrente del edificio del antiguo Hotel París. Aparte del célebre cartel publicitario de los vinos Tío Pepe, el último elemento añadido a la Puerta del Sol, en 1994, es la estatua ecuestre de Carlos III.

Apenas a tres kilómetros de distancia de Sol caminando tranquilamente se llega hasta la plaza de la Independencia (40º25’12”N, 3º41’20”O), escenario del crimen contra Eduardo Dato, presidente del Gobierno de España, el 8 de marzo de 1921. Se trata de una gran glorieta muy icónica y

conocida por albergar la Puerta de Alcalá, uno de los monumentos madrileños más populares, mandada construir por Carlos III. El contorno de la plaza de la Independencia está formado por edificios de finales del siglo XIX y principios del XX, levantados durante el ensanche de Madrid. En el lado suroriental de la misma se halla la Puerta de la Independencia, uno de los principales accesos al emblemático parque del Retiro. La glorieta fue urbanizada al estilo de las plazas parisinas, manteniendo en parte los jardines centrales que conservan elementos clásicos de época.



Plaza de la Independencia de Madrid.

1. De camino hacia el barrio de Salamanca

La última parada de nuestro recorrido viajero por los escenarios de los crímenes contra presidentes del Gobierno españoles en Madrid nos lleva hasta la calle Claudio Coello (40º25'46"N, 3º41'09"O). A la altura del número 104 tuvo lugar el 20 diciembre de 1973 el magnicidio perpetrado contra la figura de Luis Carrero Blanco. Ubicada en el distrito de Salamanca, la vía comienza en la calle de Alcalá y se extiende en línea recta hasta la de María de Molina.

La calle toma nombre del pintor de cámara del rey Carlos II. Claudio Coello fue un destacado representante del barroco madrileño de la segunda mitad del siglo XVII. La vía tiene tras de sí mucha historia, pues entre sus ilustres vecinos cabe destacar al poeta Gustavo Adolfo Bécquer, Antonio Machado, Camilo José Cela o el dramaturgo Guillermo Fernández-Shaw. Su historia es esencialmente la del crecimiento del último siglo en Madrid. Y está bastante poblada de edificios religiosos, como el convento de Santo Domingo el Real, la iglesia de San Andrés de los Flamencos, o el asilo de

huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.

Salimos de Madrid para poner rumbo a tierras norteñas. En concreto hasta el País Vasco. Y allí, en la localidad guipuzcoana de Mondragón, se ubica el actual hospital psiquiátrico de Santa Águeda (43º03'50"N, 2º31'47"O). Antes fue balneario, donde la mañana del 8 agosto de 1897, mientras se encontraba sentado en un banco de los patios del recinto leyendo la prensa, el entonces presidente del Gobierno de España, Antonio Cánovas del Castillo, murió asesinado por los disparos del anarquista Michele Angiolillo.

Inaugurado en 1825, el edificio se levantó en un entorno ya antaño conocido por las cualidades medicinales de sus aguas sulfurosas y debido a la influencia de la concepción cultural ilustrada en favor de la higiene y la salud. El crimen contra Cánovas hizo decaer el esplendor del balneario, por lo que solo un año después fue adquirido por el padre Benito Menni para la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios para fundar un centro de salud mental.

AGRADECIMIENTOS

Comenzar la redacción de un nuevo libro no es tarea sencilla. Pero el tema a tratar y la oportunidad brindada por la editorial Oberon así lo han permitido desde el primer minuto. Primero de todo, quiero dedicar este trabajo a Gema, mi mitad, mi compañera de fatigas, el faro que me ilumina y me guía en el día a día; sin tu apoyo y ayuda no habría sido posible. Mis dos hijos, Iván y Marina, complementan mi sosiego, mi bienestar, mi razón de ser. Ellos me transmiten la fuerza necesaria para continuar dándole a la tecla y apreciar que merece la pena dedicarle tiempo y esfuerzo a esto de los libros…

La confianza transmitida por la editorial Oberon desde que les presenté el proyecto ha sido total: profesional, amigable, sin mácula… Me he sentido muy arropado y con total libertad creativa desde que comenzamos a hablar. Mejor, resulta difícil en estos tiempos que corren, editorialmente hablando. Agradecer la atención recibida por Juan Miguel Asensio y, sobre todo, por la editora que ha hecho posible este libro, Susana Krahe. Ha sido un gratificante gusto trabajar a tu lado. Una hemorragia de placer. Por más proyectos juntos…

Compañeros juntaletras como Alma Leonor, Raúl Ferrero, Carlos Taranilla o Javier Martínez Pinna también me insuflan de ánimo al otro lado y animan a seguir adelante. Inalterable al desaliento. Gracias a todos.

BIBLIOGRAFÍA

AEBOE, *El significado de Eduardo Dato cien años después del magnicidio (1921-2021),* Madrid, Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado, 2021.

AGUIRRE, Julen, *Operación Ogro,* San Sebastián, Hordago Argitaletxea, 2010.

AUNÓS, Eduardo, *Itinerario histórico de la España Contemporánea: 1808-1936,* Madrid, Bosch, Casa Editorial, 1940.

BARTOLOMÉ BENITO, Fernando, *Galdós, ¿quién mató a Prim?: El tenebroso enigma del magnicidio desvelado por el autor de los Episodios Nacionales,* Bilbao, Ediciones Beta III Milenio, 2020.

BATISTA, Antoni, *Matar a Franco. Los atentados contra el dictador,* Barcelona, Editorial Debate, 2015.

BAYO Eliseo, *Los atentados contra Franco,* Barcelona, Plaza & Janés, 1976.

BORRÁS, Rafael, *El día que mataron a Carrero Blanco,* Barcelona, Planeta, 1974.

BRENAN, Gerald, *El laberinto español,* Barcelona, Austral, 2017.

CASTILLÓN, Juan Carlos, *Disparando al presidente,* Barcelona, Linkgua, 2010.

CERDÁN, Manuel, *Carrero: 50 años de un magnicidio maldito,* Barcelona, Plaza & Janés, 2023.

CIERVA, Ricardo de la, *Historia del franquismo,* Barcelona, Planeta, 1976.

CIERVA, Ricardo de la, *Historia básica de la España actual,* Barcelona, Planeta, 1978.

CLARA, Lida E., *Anarquismo y Revolución en la España del siglo* XIX, Madrid, Siglo XXI, 1972.

DÍAZ PLAJA, Fernando, *La historia de España en sus documentos. El siglo* XIX, Madrid, Cátedra, 1983.

FERRO VEIGA, José Manuel, *El magnicidio del presidente de gobierno Juan Prim. Análisis criminalístico,* Madrid, Bubok, 2023.

FONTANA BERTRÁN, José María, *El magnicidio del general Prim,* León, Editorial Akrón & CSED, 2012.

GARVI, José Luis, *Episodios ocultos del franquismo,* Madrid, Edaf, 2011.

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, *La razón de la fuerza: orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917),* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2004.

GONZÁLEZ-TREVIJANO, Pedro, *Magnicidios de la historia,* Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012.

MARTÍN DE POZUELO, Eduardo, *Los secretos del franquismo,* Barcelona, Libros de vanguardia, 2007.

NARBONA, Francisco y DE LA VEGA, Enrique, *De Prim a Carrero Blanco: cien años de magnicidios en España, 1870-1973,* Barcelona, Planeta, 1982.

OLLÉ ROMEU, J. M., *Un siglo de magnicidios,* Barcelona, Editorial Mateu, 1964.

PAYNE, Stanley, *Historia del fascismo español,* Andorra, Ruedo Ibérico, 1965.

PÉREZ ABELLÁN, Francisco, *El vicio español del magnicidio,* Barcelona, Planeta, 2018.

PESTAÑA, Ángel, *Terrorismo en Barcelona,* Tarragona, Centro de Estudios sociales, 1920.

PESTAÑA, Ángel, *Sucedió en la URSS,* Madrid, 1945.

PIQUERAS ARENAS, José Antonio, *Cánovas y la derecha española: del magnicidio a los neocon,* Barcelona, Península, 2008.

ROMERO MAURA, Juan Antonio, *La romana del diablo: ensayos sobre la violencia política en España, 1900-1950,* Madrid, Marcial Pons, 2000.

SALAZAR ALONSO, Rafael, *Bajo el signo de la Revolución,* León, Akron & CSED, 2013.

SERRANO, Carlos, *Alfonso XIII y la crisis de la restauración,* Madrid, Rialp, 2021.

THOMAS, Hugh, *La guerra civil española,* Barcelona, Debolsillo, 2018.

TUÑÓN DE LARA, Manuel, *La España del siglo XX,* Madrid, Ediciones Akal, 2000.

Edición en formato digital: 2024

Responsable editorial: Susana Krahe Pérez-Rubín
Diseño de cubierta: Patricia Bataller

Calle Valentín Beato, 21. 28037 Madrid ISBN ebook: 978-84-415-5023-0